

## **Rama de Familias**



### **Taller**

***La Eucaristía y el Matrimonio***

***+ P. Hernán Alessandri***

***Versión ZCS 2015***

## **Índice**

<b>Introducción</b>		<b>Pág. 3</b>
<b>Metodología</b>		<b>Pág. 3</b>
<b>Primer encuentro</b>	<b>Matrimonio y Eucaristía</b>	<b>Pág. 4</b>
<b>Segundo encuentro</b>	<b>Sentido de la Liturgia Inicial de la Eucaristía</b>	<b>Pág. 9</b>
<b>Tercer encuentro</b>	<b>Aplicación de la Liturgia Inicial al Matrimonio</b>	<b>Pág. 15</b>
<b>Cuarto encuentro</b>	<b>Liturgia de la Palabra</b>	<b>Pág. 25</b>
<b>Quinto encuentro</b>	<b>Liturgia de la Palabra y el Matrimonio</b>	<b>Pág. 31</b>
<b>Sexto encuentro</b>	<b>Ofertorio y la Consagración</b>	<b>Pág. 35</b>
<b>Séptimo encuentro</b>	<b>Ofertorio y la Consagración en el Matrimonio</b>	<b>Pág. 43</b>
<b>Octavo encuentro</b>	<b>La Comunión en la Eucaristía</b>	<b>Pág. 49</b>
<b>Noveno encuentro</b>	<b>Comunión en la vida Matrimonial</b>	<b>Pág. 55</b>
<b>Décimo encuentro</b>	<b>El Envío</b>	<b>Pág. 63</b>

## Taller sobre la Eucaristía

### Introducción y Metodología

Nuestra Rama de Familias, ofrece este taller a todos los matrimonios y grupos que deseen hacerlo, para encontrar, a través de él, un nuevo sentido de la eucaristía y una relación más viva entre ella y la vida cotidiana. El P. José Kentenich decía que “el cristiano debe vivir de misa en misa”, es decir, vivir en una permanente Eucaristía.

Este taller se elaboró en base a un retiro para Matrimonio que dio el + P Hernán Alessandri en 1982. A pesar de los años, conserva una vigencia y actualidad que sorprenden.

El taller consta de 10 encuentros, divididos en dos partes. El contenido de cada encuentro puede verse en 1 ó 2 reuniones:

Se trata de una reflexión sobre las partes propiamente tales de la misa, y su aplicación a la vida. Nos interesa no sólo descubrir la riqueza de cada momento de la misa, sino que queremos aprender a vivir en toda su profundidad lo que ocurre en el altar, para así prolongarlo en el altar de nuestra vida cotidiana.

En cada parte de la Misa destacaremos dos aspectos:

- Su significado objetivo, y
- Cómo prolongar ese momento en la vida cotidiana del matrimonio.

Al participar en la Eucaristía dominical, como matrimonios y familias, prolongar y reflejar en nuestro hogar lo que Cristo realiza en el altar: su ofrenda, su entrega de amor a su Esposa, la Iglesia. Esta prolongación de la misa dominical debe convertirse en preparación para la misa del domingo siguiente.

1. Nos parece muy importante que los matrimonios que asistan al taller, tengan todo el material por escrito. Que lo conozcan, lo lean, lo mediten, lo “gusten”.
2. El taller debe ser una experiencia vivencial, no sólo lectura, estudio, intercambio sobre la eucaristía. Se trata de **profundizar y de involucrarse más personal y vivencialmente en el misterio de la eucaristía**, con momentos de oración, vivencias de adoración al Santísimo, una misa como grupo, aprender cómo se prepara el altar, el significado de cada objeto que se usa, de los gestos, símbolos, movimientos, posturas, etc. de la liturgia.
3. Queremos realizar este taller con conciencia apostólica. Que de lo que cada uno aprenda, se puedan beneficiar muchas personas.

## ***Primer encuentro***



## **Matrimonio y Eucaristía**

## I. Tema

(el matrimonio que expone, tratar de hacerlo dinámicamente, sin leer)

La Iglesia en numerosos documentos del Magisterio nos recuerda el Papa que el sacrificio eucarístico representa la alianza de amor de Cristo con la Iglesia. Todo lo que la Iglesia celebra en Semana Santa, se repite y renueva en la eucaristía. La eucaristía es el recuerdo y la renovación del misterio pascual de Cristo; en cada misa, Cristo vuelve a morir de amor por su Iglesia y Cristo está presente también resucitado, como fuente de vida para su Iglesia. El misterio pascual se revive; lo central de la historia de Cristo, se revive en cada eucaristía. El Señor vuelve a derramar su sangre y entregar su cuerpo para sellar su alianza de amor con la Iglesia

Ahora, ¿qué relación se da entre esto y el matrimonio? La eucaristía revive la historia de Cristo y esto ¿qué tiene que ver con el matrimonio?

Ya dijimos que el matrimonio repite a su vez la historia de Cristo. Pero hay más, porque esa historia de Cristo, tal como la Biblia la presenta, es una historia esponsal, es una historia de amor esponsalicio. Esa alianza de amor que Cristo sella con su muerte y resurrección, es una alianza de amor nupcial mediante la cual Jesús se une con la Iglesia, como un esposo con su esposa.

En el Antiguo Testamento a través de los Profetas, Dios se presenta permanentemente como un Dios con corazón de esposo fiel y la humanidad, representada en Israel, es como una esposa infiel que permanentemente rehúye su amor y lo traiciona con renovados adulterios.

En el Antiguo Testamento a la luz de esta imagen, todo pecado equivale a un adulterio, porque es quitarle a Dios el amor que le debemos a Él, o no darle el amor que Él quiere que le demos a determinadas personas.

Todo pecado es una infidelidad frente a Dios, y si Él es un Dios con corazón de esposo, todo pecado, espiritualmente, aunque no sea materialmente pecado de adulterio, es en cierto sentido, un adulterio.

Ahora, Dios tiene una infinita paciencia y a través de los profetas anuncia que un día Él va a venir a sellar una alianza nupcial y definitiva con la humanidad que nunca más se va a romper porque Él nos va a dar las fuerzas para ser esposa fiel.

Y ese momento se realiza con la venida de Cristo.

Cristo es el Dios-Esposo que se acerca a celebrar los desposorios definitivos con la humanidad, y en un sentido tan realista como jamás se lo habrían imaginado los judíos en el Antiguo Testamento.

Porque en el Antiguo Testamento ante un Dios puramente espiritual, la comparación con un esposo, no pasaba de ser una alegoría. Que Dios fuera esposo, significaba que Él era tierno, fiel, comprensivo, cariñoso como un esposo. Pero resulta que eso no es lo propio del amor de un esposo. Un papá también puede ser fiel, tierno, cariñoso etc....

Lo propio del amor de esposos es que es una forma de amor en el que no sólo se entrega el propio cariño sino que se entrega, como expresión del cariño, el propio cuerpo. Es un amor en el cariño y en la carne, y eso no se le podía aplicar a Dios.

Sin embargo, desde la encarnación todo cambia. Cuando Jesús se encarna, Dios toma carne y la encarnación es el primer momento del desposorio de Dios con los hombres:

Dios penetra la carne que le ofrece la Virgen y la hace suya, como un esposo hace suya la carne de su esposa.

Desde ese momento Dios se puede aplicar a sí mismo, en sus relaciones con nosotros, la fórmula bíblica para el amor matrimonial. 'Somos los dos: tu humanidad y yo, Dios, una sola carne; porque esta carne que yo tengo es tuya, me la dio la Virgen; es carne humana y yo la he hecho mía'.

Jesucristo es la alianza de amor viva entre Dios y los hombres. Es Dios y mi humanidad hechos una sola carne. Y este desposorio se confirma en la cruz. En la cruz Jesús nos entrega su cuerpo. Ese Dios con corazón de esposo, no sólo quería ser uno en la carne con nosotros, sino que poder vivir un momento en que nos dijera lo que un marido le dice a su esposa: mi cuerpo es entero tuyo.

Y eso lo hizo en la cruz. En la encarnación, Él asumió nuestra carne; en la cruz nos dio esa carne nuestra hecha suya, la devolvió; nos entregó su cuerpo.

Dios nos pudo decir ahora desde que murió en la cruz: 'Yo soy un Dios que te he dado, no solo mi cariño, con mayor intimidad y fidelidad que cualquier esposo, sino que también te he dado mi cuerpo; y con mayor intimidad que ningún esposo, porque mi cuerpo te lo he dado para que te lo comas entero; no para que te unas externamente a él, como en un momento de intimidad conyugal, sino para que mi cuerpo esté dentro del tuyo cada vez que en la eucaristía recibas el fruto de mi donación del Viernes Santo'.

**En la eucaristía se resume la historia de este Dios-Esposo que nos llama, que nos perdona y que se nos entrega, no sólo con su amor sino que con su propio cuerpo.**

El mismo San Pablo no haya con qué comparar sobre la tierra la unión que se produce con el Señor en la comunión, sino es con la unión conyugal. En la eucaristía Cristo se nos entrega como esposo a nosotros, su Iglesia; nos da su cuerpo, entra en nosotros con una intimidad que ninguna unión esponsalicia humana puede alcanzar.

Bien. Queremos meditar en la eucaristía como resumen de la historia de este Cristo-Esposo que culmina su donación justamente en la eucaristía. Porque el Viernes Santo nos entregó su cuerpo, pero no lo recibimos. Es en la eucaristía cuando recibimos el fruto del Viernes Santo. Y queremos mirarla entonces como el resumen de aquella historia a cuya luz debemos entender la nuestra.

El día del sacramento del matrimonio Dios los tomó a Uds. y los constituyó en reflejo vivo de su amor. Ese día les dijo: 'Yo les doy la gracia para que Uds., a partir de hoy inicien una historia de amor que refleje el amor que yo le he tenido a la Iglesia, ese amor que culminó el Viernes Santo y que culmina de nuevo en cada eucaristía'.

Si un matrimonio quiere saber cuál es su **ideal de vida** tiene que hacer dos cosas:

Primero, mirar cómo amó Cristo en su vida histórica a la Iglesia. Cada uno tiene que tratar de amar al otro así también.

El segundo camino es mirar hacia la eucaristía. Ahí se repite esta historia de amor entre Cristo y la Iglesia. Y mirando la eucaristía vamos descubriendo dos cosas:

Primero, qué actitudes tiene Cristo frente a la Iglesia, en las distintas partes de la misa,

y segundo, qué actitudes le pide a la Iglesia, frente a Él.

Esas dos cosas, la actitud de Cristo en la eucaristía ante nosotros, y la actitud que Él pide a la Iglesia frente a Él, son las pautas que marcan lo que tiene que llegar a ser la vida de una pareja cristiana. Si toda nuestra vida es repetir la historia del Cristo-Esposo, quiere decir que toda nuestra vida es repetir la eucaristía.

**Toda nuestra vida es una gran misa** y en ella, a cada esposo cristiano le va a ir tocando en algunos momentos, tratar de asumir frente al otro la actitud de Cristo, que se entrega, o la actitud de la Iglesia, que recibe la donación del otro.

En este taller queremos ir siguiendo poco a poco la misa, las distintas partes de la eucaristía e ir viendo como se nos da Cristo en cada parte de la misa y a qué actitud nos llama. Y a sentir que a través de eso, Él nos dice qué actitud tienen que tener el uno frente al otro en esa gran misa de la vida diaria.

### ¿Qué significa para un matrimonio asistir a la eucaristía?

Primero, significa encontrarse como con el sacramento 'mellizo'. Porque hay dos sacramentos que Dios quiso hacer símbolo de su historia de amor esponsalicio:

La eucaristía. Ahí Él mismo repite la historia de su donación de esposo a la Iglesia y

El matrimonio en quien repite su historia, pero a través de los dos cónyuges, que son el uno para el otro, símbolos de Cristo (cuando se dan) y símbolos de la Iglesia (cuando se abren a recibir). Son dos sacramentos mellizos.

Por eso ir a la eucaristía es encontrarse con el sacramento complementario, con el sacramento donde Cristo revive su historia y nos recuerda cómo debe ser la nuestra.

Pero también, como dice el Papa, es ir al sacramento que es la raíz de la cual tenemos que vivir nosotros. Porque solo alimentándonos con ese pan que es el cuerpo de Cristo entregado, y que contiene la sangre de Cristo entregada por la Iglesia, vamos a tener la fuerza de darnos con igual generosidad en nuestra vida diaria.

Es recuerdo, es fuente y alimento y es un compromiso.

Al ir a misa, el matrimonio cristiano se compromete a no ser un simple espectador. Él recuerda: esa historia la tengo que revivir yo; lo que Cristo está haciendo en el altar, Él me pide que yo lo refleje con mi cónyuge en nuestra vida diaria y Cristo espera de nosotros el compromiso de prolongar la eucaristía en la vida diaria. Que si recibimos ese cuerpo entregado por amor, es para que cuando salgamos de la eucaristía, en esa otra prolongación de la historia de Cristo que es nuestra historia matrimonial, podamos repetir el uno frente al otro lo que Cristo hizo por nosotros en la misa.

Aquí es importante recordar aquella seria advertencia de San Pablo, de que quien recibe indignamente el cuerpo y la sangre de Cristo, come y bebe su propia condenación.

Y ¿qué significa recibirlo indignamente?

Significa recibirlo sin que ese gesto de recibir el cuerpo y la sangre de Cristo sea coherente con nuestra vida diaria. Es hacer de la vida una farsa; representar frente a Cristo, presente

en la eucaristía, una actitud que no tengo afuera, y en este caso lo que nos interesa es la actitud que tengo afuera frente al otro en cuyo corazón está Cristo para mí.

Recibir a Cristo indignamente significa para un matrimonio en primer lugar, hacer y adherir en la misa a misterios que yo no vivo afuera. Y en cada misa, si recibo el cuerpo de Cristo, es para comprometerme a darme al otro, como Cristo se ha entregado a mí en la misa.

Es un compromiso a prolongar la misa. Y por otro lado, esa prolongación de la misa, después del domingo, debe convertirse en preparación para la misa del domingo siguiente.

Si yo no vivo fuera de la misa aquello que celebro en ella, no voy a poder celebrarlo de corazón. Si en la semana no estoy viviendo el misterio del perdón, del abrirme a la palabra del otro, el misterio de la comunión, en la misa eso va a ser postizo, superficial, va a ser teatro.

Si yo no lo prolongo, traiciono lo que viví en la misa y por otro lado, si no lo vivo en la semana, no preparo la misa siguiente.

El **matrimonio cristiano debe vivir de eucaristía en eucaristía**. En cada eucaristía debe culminar un misterio que ya estuvo viviendo, en esa repetición de la historia de Cristo que es su historia con el otro. Debe alcanzar un punto culminante en una eucaristía; desde ahí prolongarlo en la vida diaria de la próxima semana para después preparar la eucaristía que va a seguir.

## II. Trabajo en grupo

1- Comentar las siguientes preguntas:

- + ¿había relacionado alguna vez Eucaristía con Matrimonio?
- + ¿ Por qué se dice que son sacramentos "mellizos" la Eucaristía y el Matrimonio?
- + ¿ En qué sentido hay que entender la frase: "un matrimonio cristiano debiera vivir de misa en misa"?

2- Compartir qué significa la misa para cada uno.

## III. Sacar un propósito.

## IV. Oración Final



## ***Segundo Encuentro***



***Sentido de la Liturgia Inicial de la Eucaristía***

## I. Tema

(el matrimonio que expone, tratar de hacerlo dinámicamente, sin leer)

Primero vamos a ver el sentido objetivo de la liturgia inicial de la misa, sus partes, su dinámica interna y luego cómo deberíamos prolongar en nuestra vida matrimonial lo vivido en la eucaristía y preparar la eucaristía del próximo domingo.

I. **La liturgia inicial** tiene como sentido prepararnos para el encuentro con Dios, con Cristo, que vamos a tener en la misa. Ella crea el ambiente adecuado y consta de cuatro partes:

1. El canto inicial
2. El saludo del sacerdote
3. El acto penitencial y
4. El gloria

El sentido de estas partes en la liturgia:

**1. El canto inicial:** persigue crear un ambiente de alegría; la misa va a ser un encuentro gozoso con el Dios-Esposo. Vamos a celebrar no una cosa aburrida, que va a durar una hora, media hora etc. Vamos a un acto gozoso, no es una rutina, ni una obligación. Entramos cantando porque este es un encuentro gozoso con el Dios-Esposo, y cantamos un canto comunitario como expresión de alegría. No canta cada uno solo su alegría: cantamos en común.

Después de esta atmósfera de alegría viene

**2. El saludo del sacerdote:** Este tiene dos etapas:

– El primero es en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Ya es importante el hecho del saludo. En la Biblia es interesante ver lo bien educado que es Dios; Él nunca se acerca a nadie sin saludarlo. A la Virgen: 'Dios te saluda María'; a Moisés, a cualquiera que se acerca Él lo saluda.

Ese Dios nos saluda por medio del sacerdote, recordándonos que el Dios con quien nos vamos a encontrar es el Dios Trino, la Santísima Trinidad, y recordándonos que el sentido profundo de nuestra historia es unir en el Hijo y en la fuerza del Espíritu Santo, pasando por los misterios de muerte y resurrección, hacia el encuentro final con el Padre.

Todo el sentido del ministerio de Cristo, está resumido aquí: El Hijo, que en la fuerza del Espíritu Santo, va al Padre. Y es en esa historia en la que nosotros, personalmente y como pareja, queremos sumergirnos. Nos colocamos en presencia de la Trinidad que nos llama.

- Luego viene la otra parte del saludo: ‘Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo, esté con todos Uds’.

Aquí se nos recuerda nuestra increíble vocación. ¿Para qué es esa historia, ese caminar con la Trinidad?

Para que Dios nos regale su amor, para que Dios nos haga entrar en comunión con Él . Somos seres creados para recibir de regalo el amor de Dios y para vivir en íntima unión de amor con Dios, la misma comunión en que viven el Padre con el Hijo y con el Espíritu Santo. Pero se nos recuerda que este regalo es gracia, que se nos da por gracia de Cristo, porque nosotros, por nuestra situación concreta, de criaturas y de hombres pecadores, no lo merecemos. Dios nos saluda, nos recuerda el gran regalo para el cual nos creó y nos recuerda que ese regalo es real, gratuito, y con ello indirectamente, este mismo saludo feliz que nos recuerda la bondad de Dios, nos hace considerar nuestra propia indignidad. Si lo recibimos por gracia, es que no lo merecemos, y si no lo merecemos, es porque somos pecadores.

Ya el mismo saludo de Dios, junto con deslumbrarnos con lo que Él nos ofrece, nos remite a revisar nuestra propia miseria y nos hace pasar suavemente al tercer momento de esta liturgia inicial:

3. **El acto penitencial:** El saludo de Dios nos turba, lo sentimos inmerecido y experimentamos la misma turbación de María. Hasta ella, que no tenía pecado, pero que se sentía infinitamente distante de Dios por su pequeñez de criatura se turba, y el ángel le dice ‘no te turbes’.

En la misa, si tomamos en serio el saludo, si lo pesamos, lo normal sería turbarse de que Dios me salude así a través del sacerdote cuando llego. Y turbarme como la Virgen o turbarme como Moisés.

Cuando Dios llama a Moisés desde la zarza ardiendo, él se siente ante una presencia ante la cual es indigno. El mismo Señor le dice: ‘Quítate el calzado porque la tierra que pisas es tierra santa’. Y Moisés siente la tentación de taparse los ojos para no mirar la grandeza de Dios. (El judío antiguo tenía la creencia que el que miraba a Dios de frente, moría)

El problema nuestro en la misa es otro. Ahí Dios se presenta a través del sacerdote, nada de deslumbrante. El rostro del sacerdote que nos saluda en la misa, nunca resplandece tanto como para enneguarnos. Ahí no hay necesidad de taparse los ojos.

El peligro es otro: que nos tapemos los ojos ante nuestra propia miseria. Que por no haber tomado en serio el saludo no nos sintamos en una tierra santa, ante un Dios santo que entra en violento contraste con nuestra indignidad.

Nosotros nos tapamos los ojos frente a nuestra pequeñez, no la tomamos en serio.

Por eso el acto penitencial nos llama a hacer un alto y reconocer lo pequeños que somos; nos quiere hacer mirar nuestra verdad para que no llevemos una vida falsa, para que en nuestras relaciones con Dios partamos de lo que somos. Y somos pecadores.

Al hombre moderno le cuesta sentirse pequeño. Quiere ser poderoso, rico, fuerte, tener mucho. Pero el hombre que no reconoce su pequeñez no puede amar; el hombre que no se siente pequeño cree que no necesita de nadie, ni de Dios ni de los hombres. El que no se siente pequeño no necesita Salvador, no necesita a Cristo y tampoco puede amar al esposo o a la esposa porque se siente completo.

Ahora en este retiro queremos preparar, el acto penitencial de la misa de esta noche. Nos estamos preparando para que el canto inicial nos llegue hondo, para que el saludo del sacerdote nos golpee y también para hacer un acto penitencial profundo.

Por eso queremos aprovechar con la ayuda del otro, de mirar nuestra pequeñez: es decir los límites no queridos, no culpables, las limitaciones físicas, morales, intelectuales. También las limitaciones económicas que este año cada uno las siente con más fuerza.

Esas limitaciones son permitidas por Dios para educarnos al amor: el hombre que no se siente pequeño no va a poder amar y la inseguridad económica nos recuerda que no somos dueños de nuestra propia vida, nos recuerda la fragilidad de todo lo humano; nos obliga a confiar, nos obliga a volvernos a Dios.

Las limitaciones económicas tienen un sapientísimo papel pedagógico y también nos educan para la solidaridad, sobre todo en momentos por los que pasamos: siempre estamos encontrándonos con personas que están peor que nosotros y ese es un llamado a ser solidarios, a crecer en el amor a los demás y a robustecer la unidad matrimonial interna. Porque si no se ponen de acuerdo en tiempos de crisis, la casa se va a pique; si no se ponen de acuerdo para administrar el presupuesto más reducido, en qué ahorrar por ej., la cosa no funciona. Yo conozco matrimonios que se han salvado gracias a las crisis económicas. Revisen juntos si el momento de apreturas que están pasando, no es una ayuda y un empujón de Dios en ese sentido.

Por otro lado están los pecados, las faltas de gratitud, la desobediencia a Dios, la falta de fidelidad o de generosidad frente al otro, los hijos, los hermanos. Todo eso deberíamos sentirlo en el momento del acto penitencial; pero eso no va a suceder de repente si durante la semana nos sentimos campeones; si durante la semana no aprendo a reconocer mis faltas día a día.

Si durante la semana yo no pido perdón no voy a poder improvisar. Cuando de repente el padre dice: 'Señor ten piedad', y yo como loro me encuentro respondiendo 'Señor ten piedad', y no sé piedad de qué, porque no he revisado mi semana; porque en la semana no me he dejado ningún momento para pensar de qué cosas tengo que pedir perdón y no le he pedido perdón a nadie.

Si yo no vivo esto en la semana, si no me preparo, y sobre todo en la vida matrimonial, repito como un loro las tres peticiones de perdón.

Este llamado a pedir perdón no es una especie de sadismo de parte de Dios, que quiere decirnos 'Siéntanse gusanos delante de mí'.

Él nos pide reconocer nuestra pequeñez, reconocernos pecadores, para levantarnos más arriba. Porque la respuesta de Dios a nuestra profesión de culpa no es 'pecador despreciable' sino que es, a través del sacerdote nos dice: 'Dios omnipotente tenga misericordia de ti, te perdona tus pecados y te lleve a la vida eterna'

Dios responde recordándonos que Él es un Dios misericordioso que no rechaza al pecador, sino que lo acoge. Y nos hace sentirnos con el corazón aliviado: nuestros pecados que hemos confesado, son ocasión para que Dios nos vuelva a recordar lo que nos perdona.

En la misericordia divina, Dios goza perdonando: el perdón es el super don de Dios. Etimológicamente significa eso: el don más grande, porque es el que se nos da más inmerecidamente; amor que se regala al que no lo merece: eso es el perdón. Y Dios goza perdonando y sorprendiéndonos con sus perdones. Dios goza cuando llegamos a Él con un pecado que creemos que nos hace in-merecedores de su gracia, y Él nos vuelve a decir: 'te regalo misericordia y te recibo nuevamente, y siempre te voy a recibir, porque mi amor va a ser siempre más grande que tus pecados'. El Papa Francisco ha repetido una y otra vez: Dios no se cansa de perdonar, nosotros, somos los que nos cansamos de pedir perdón.

Nos volvemos a reencontrar con el fondo del corazón de Dios. Gracias a que pedimos perdón Dios nos da nuevamente su perdón, su misericordia y nos recuerda cuánto nos ama. Él nos hace sentir que cada pecado nuestro, una vez que hemos pedido perdón por él, se convierte en feliz culpa.

La Iglesia canta el sábado santo pensando en el pecado de Adán: 'Oh feliz culpa', porque si no hubiéramos pecado, Cristo no habría venido a la tierra a morir por nosotros y a desposarse con nosotros, y nunca habríamos sabido todo lo que él nos quiso.

Gracias al pecado Dios quedó en situación de poder perdonar y para perdonarnos hizo cosas que nunca habría hecho si no hubiera habido pecado: no habría podido morir por nosotros, porque no habría existido la muerte.

Es lo mismo del hijo pródigo: cuando vuelve a la casa y el padre lo recibe con ese amor, con ese banquete, esos besos, ese abrazo; él se alegra en su corazón de haberse ido, porque se fue de la casa, porque no era feliz.

No había descubierto al padre que tenía y gracias a que se fue le dio al padre la ocasión de mostrar el fondo de su amor, perdonándolo. Y el hijo descubrió quién era su padre.

Dios usa nuestros pecados para darnos a través del perdón conquiesce los borra, muestras de amor que nos llegan mucho más que si no hubiéramos pecado.

Por eso después del acto penitencial, esas breves palabras del sacerdote que nos recuerdan la misericordia de Dios son un llamado a decirle al Señor '¡gracias por tu amor! y estos pecados de los que me he arrepentido recién, se convierten en feliz culpa, porque me abrieron de nuevo esta manifestación de tu amor y de tu perdón, que no me habrías dado si yo no hubiera tenido que pedir de nuevo perdón'.

Los que quieran prepararse con más fuerza aún a vivir desde el fondo del corazón ese misterio de perdón y misericordia en la misa de esta noche, pueden aprovechar la oportunidad de confesarse.

#### **4. El gloria:**

Una vez que hemos recibido ese perdón de Dios se traspasa el centro de nuestra atención: en el perdón estaba mirándome a mí mismo. Primero en el saludo a Dios, me turbo: yo no soy digno y pido perdón, y cuando Dios me regala su misericordia, de nuevo se desplaza el centro de atención de mi pecado a la bondad del Dios que me perdona. Entonces la Iglesia irrumpe con el Gloria.

Es el canto de gratitud a Dios por su bondad que resplandece especialmente en el don de Cristo y en todos los demás dones y perdones.

El gloria está provocado por la conciencia de la bondad de ese Dios que nos ama siendo pequeños y pecadores y la gratitud del gloria se orienta sobre todo a la gratitud por el perdón.

Tres veces se dice en el gloria 'Ten piedad de nosotros'. Es la única cosa que se repite tres veces. El Señor ya nos ha dicho que tiene piedad de nosotros pero el sentido de ese canto es que la Iglesia está como extasiada de haber recordado que hay un Dios que siempre perdona. Y al cantar los agradecimientos tres veces, le canta su gratitud por la piedad que Él tiene hacia nosotros al perdonarnos.

Ahora, es interesante ver las palabras que usa este canto: dice te damos gracias, te alabamos, y te adoramos.

Estas palabras no son sinónimos e indican como tres grados del amor, que corresponden a los grados o formas de manifestación del amor humano a las que nos vamos a referir más adelante.

Dar gracias significa agradecer al otro por algo que ha hecho, por una cosa por un regalo, por un gesto.

Yo te alabo significa otra cosa: te alabo por lo que eres, por una cualidad que tienes. Paso de la cosa que el otro me dio a la cualidad que él tiene. Por ej. frente a Dios digo: te agradezco Señor por mis hijos y pensando en ellos me pregunto y por qué me los dio? Porque Él es bueno. Y paso del regalo de Dios a la bondad que lo hizo hacerme el regalo; de agradecer el regalo, paso a alabar esa cualidad personal de Dios que provocó el regalo: te alabo y te adoro.

## **II. Trabajo en grupo**

- 1- Repartir a 4 matrimonios y que resuman el sentido de cada parte de la liturgia inicial
- 2- De lo que se ha expuesto. ¿Qué es lo que más nos ha sorprendido y llamado la atención?

## **III. Sacar un propósito.**

## **IV. Oración Final**

## ***Tercer encuentro***



***Aplicación de la Liturgia Inicial a la vida Matrimonial***

**I. Tema: La prolongación de la liturgia inicial de la misa a la vida matrimonial**

(el matrimonio que expone, tratar de hacerlo dinámicamente, sin leer)

**El canto.**

El canto quiere crear un ambiente de alegría. Nos quiere recordar que en la misa vamos a vivir una historia de alegría, pero resulta que después de la misa, seguimos viviendo la misma historia.

Toda nuestra vida es repetición original de la vida de Cristo, toda nuestra historia tendría que estar penetrada de alegría. Y aquí comienzan los peligros de hipocresía: el señor (o la señora) que en la misa canta contento, que se sabe las letras de los cantos y que después afuera, vive toda su vida semanal con cara de perro... Ese señor, está mintiendo cuanto canta. Está separando vida diaria y la eucaristía. En la eucaristía hay que cantar, es un momento alegre, y después se acabó y no canto más. No prolongo mi alegría.

Aquí tenemos que preguntarnos el ambiente que existe en nuestra casa y en nuestras relaciones matrimoniales durante la semana, ¿guarda coherencia con ese canto entusiasta del comienzo de la misa o no?

¿Sentimos que nuestra vida matrimonial es una vida de alegría, es ese el clima de nuestras relaciones y el clima de nuestro hogar?

Si no es así, no estamos prolongando la eucaristía y no estamos preparando la que viene.

Hay una incoherencia entre lo que hacemos dentro del templo y lo que vivimos afuera. En la misa, la alegría, que es lo más importante, se expresa en cantos, y así vale la pena preguntarnos: ¿cantamos fuera de la misa?

Si yo no canto nunca, ¿cómo voy a poder poner mi corazón en el canto?

Yo creo que un cristiano debe ser un hombre que canta. De repente me he encontrado en algunas casas, al visitar a las familias, a personas que durante la semana están cantando cantos de la misa. Ahí, inconscientemente uno no está pensando en lo que está haciendo, pero hay continuidad.

Las Sras. a veces se ríen porque los maridos cantan en la ducha... Es lindo cantar en la ducha ¡Qué rico que haya agua tibia! Eso es prolongar la eucaristía del domingo o preparar la próxima... Y a lo mejor ni lo piensa, pero está contento... Con el canto le está dando gracias a Dios.

La alegría debe penetrar la vida de la semana, como penetra al comienzo de la misa. Es importante preguntarse si cantamos. Y como en la misa la alegría se expresa comunitariamente, ¡qué lindo es cantar juntos en familia!... No importa ser desafinados, es hermoso que en una casa se cante. Evidentemente lo importante no es el canto sino la alegría que expresa el canto.



Aquí es donde todos, sean o no desafinados, canten o no en la ducha, tienen que revisarse: ¿Hay coherencia entre la alegría que quiere crear el canto de entrada de la eucaristía y nuestra vida diaria en la semana? O ¿será un signo de que no estoy haciendo de mi vida una eucaristía prolongada?

### **El saludo:**

En la misa respondemos el saludo de Dios diciendo amén, y luego contestando al sacerdote 'y con tu espíritu'.

Yo le respondo a Dios durante la semana. En la semana Dios me sigue saludando y le contesto.

Mi primer saludo a Dios debería ser la oración de la mañana ¿rezo en la mañana? En la mañana me acuerdo de Dios, comienzo mi día, mi historia de repetición de la vida de Cristo, la comienzo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En la misa nos persignamos juntos, respondemos juntos también, ¿qué pareja reza algo juntos por la mañana? Saludemos a Dios juntos.

Otras cosa importante es cómo saludo al otro.

Tengo que saludar a Dios, porque cada día es una historia de amor con Dios, repetición de la misa, pero resulta que ese Dios está de manera preferente para mí en el corazón del otro. Cada misa no es partir solo mi camino en Cristo, con la fuerza del Espíritu Santo, hacia el Padre, sino que es partir a encontrarme con ese Dios que está esperándome en el corazón del otro.

Cada día que comienzo es un partir en peregrinación hacia el corazón del otro y ¿cómo saludo a ese otro que, como para Moisés, es mi tierra santa de encuentro con Dios?

La llama de Dios que ardía en la zarza para Moisés, desde mi matrimonio arde para mí en el corazón del otro. Dios me dijo ese día: 'esta persona va a ser para ti tu lugar de encuentro conmigo, en el corazón de ella, o de él, yo te voy a esperar'.

Y yo saludo en la mañana a ese Dios presente en el corazón del otro. ¿Cómo lo saludo? Piense cada uno cuáles son las primeras palabras que oye del otro... ¿Cómo me saluda el otro?

El otro me hace sentir con su saludo, que yo soy su tierra santa, que me toma de la mano para partir juntos en una historia, que es ir en Cristo, en la fuerza del Espíritu Santo, hacia el Padre...

Y cuando el otro me saluda, yo le digo con alegría, amén, así sea, porque me encantó tu saludo, fue tan lindo que ojalá lo repitas siempre... ¿o el saludo fue de tal manera que le contesto con otra pesadez?

¿Y siento que el otro me dice, (o que le digo yo al otro) que el amor del Padre, que la gracia de Nuestro señor Jesucristo y que la comunión del Espíritu Santo estén contigo?

Porque te van a llegar a través de mí. Porque yo voy a tratar de que la gracia de Cristo te llegue por mí, que el amor del Padre te llegue por mí, que la unión en el Espíritu Santo te llegue por mí.

Porque yo quiero luchar para que a través de mí en este día te lleguen los regalos de Dios.

Entonces el otro me puede decir también : 'Y con tu espíritu porque yo voy a hacer todo mi esfuerzo por entregarte a ese Dios que vive dentro de mi corazón'.

Creo que el momento del saludo en la mañana es muy importante; crea el clima. El canto y el saludo en la misa crean el clima; en la familia es igual: el saludo crea el clima y la alegría de saludarse, especialmente en la mañana, pero también todos los otros saludos del día...

Puede ser que toda la intimidad de la noche, la relación conyugal, todo eso se decida en la mañana. El año pasado hablábamos de cómo muchas veces la mujer se pone esquiva, rechaza al marido y él no entiende por qué. Y a lo mejor es porque no le dio el beso de la mañana porque salió apurado. La mujer siente que no se puede entregar entera si no está todo en orden, y si el saludo falló, si se quedó esperando, si no le gustó lo que el marido le dijo en la mañana. Si quedó herida por una descortesía en el baño, a lo mejor fracasa todo el día como día de encuentro.

Recordemos cómo era el saludo en el pololeo... ¡Cómo inventaban fórmulas nuevas y agradables para decírselas!.

Recordemos lo que pasaba en el pololeo, ¿por qué ha bajado la cosa?

Ha bajado porque nos hemos acostumbrado al otro, le hemos descubierto algunos defectos, nuestra admiración ha bajado. Bueno, se impone una tarea de recuperar esa admiración, porque si bien es cierto que hay cosas, defectos que yo no le conocía, hay méritos nuevos:

la fidelidad del otro que ha permanecido amándome. Y esa fidelidad vale más que todos los defectos que he ido descubriendo entretanto. Él ha permanecido fiel y ha conservado lo más lindo que tiene que es su decisión por mí. Si sigue fiel es que sigue decidido por mí y eso merece toda mi gratitud y mi respeto. Además desde el sacramento del matrimonio recibí algo que no tenía en el pololeo: él (o ella) se ha convertido en el templo donde Cristo me espera y ese motivo de la fe me debería ayudar a recuperar la conciencia de que él (o ella) es mi tierra santa y cada mañana me voy a acercar a él o ella con enorme cariño.

### **El acto penitencial.**

¿Cómo lo prolongamos en la vida diaria?

Primero frente a Dios continuando con la misma actitud que en la misa. No puedo pedir perdón de corazón en la misa si no pido perdón durante la semana. Si en la semana, y sobre todo en la oración de la noche, no voy revisando mi día y tomando conciencia de

cuáles son las cosas por las que tengo que pedir perdón el domingo, mi 'ten piedad' del domingo va a ser hueco, porque por dentro no hay sustancia. No he ido acumulando cosas por las cuales pedir perdón para ponerlas dentro del 'ten piedad' de la misa.

Tengo que vivir durante la semana mi conciencia de pecado. Lo normal es revisándome en la noche, pidiendo perdón cada noche y después, todos esos perdones de la semana, sumergirlos en la gran petición de perdón que voy a hacer el domingo con toda la Iglesia.

Ahora, tal vez si no me siento pecador frente a Dios en la semana, es porque no tomo conciencia de todas las veces que les fallo a los que me rodean, y especialmente al otro. A Dios le pido perdón en la misa porque siento que lo necesito y que he pecado contra él.

Frente al otro proceden las dos actitudes.

Primero: ¿Cómo anda la conciencia de necesidad del otro?

Yo necesito a Dios. Bien. Pero Dios se me acerca a través del otro; está en el corazón del otro. Desde el sacramento del matrimonio Dios me dijo: 'Tú no vas a poder llegar a mí si no es a través de este otro: yo lo necesito'. ¿Siento esa necesidad, se la digo?

En el pololeo nos decíamos 'te necesito', 'qué haría yo sin ti'?

¿Por qué relaciono esto con la petición de perdón? Porque es reconocer la propia pequeñez, es reconocer que uno no está completo, reconocerse pequeño... ¡Era tan lindo decirle al otro en el pololeo: 'yo no podría vivir sin ti'! ¡Cuántas veces y de cuántas formas se lo decían!

Durante la semana, se dicen, se dan a entender: 'te necesito, no podría vivir sin ti'. ¿Cómo se lo dicen? Hay que revisarlo.

Te necesito y te pido perdón, porque a pesar de necesitarte te he ofendido.

Hay perdones mutuos, peticiones de perdón y regalos de perdón durante la semana. En la misa cada uno no le pide solamente perdón a Dios.

Ese 'ten piedad', es también por los pecados del otro, y qué hipócrita resulta cuando uno se inclina y dice 'ten piedad' y el otro sabe: 'Tus pecados más grandes fueron en contra mía, y a mí no me dice nada'.

La liturgia supone que ese pedirle perdón a Dios ha llevado antes al perdón del otro.

Lo dice el Evangelio: antes de acercarte al altar, si te acuerdas de que has ofendido a otro, anda y pídele perdón.

Se le pide perdón a Dios suponiendo que antes le pidió perdón al otro.

Si en la semana no le hemos pedido perdón al otro, estamos haciendo teatro al pedirle perdón a Dios directamente. Tenemos que pedirle perdón porque lo hemos ofendido y

también porque hemos sido causa de sus pecados. Muchas veces los pecados del otro son culpa de la pareja; los grandes pecados, también, los pecados de infidelidad.

Por ej. es rarísimo que una mujer sea infiel si el marido con sus actitudes, con su indiferencia, con su egoísmo, no le provoca tal insatisfacción que de hecho equivale a empujarla, a buscar a otro. Y cuántas veces también en el caso del hombre la infidelidad se convierte en pecado porque había una situación de insatisfacción: la señora no se ha dado cuenta en qué forma necesita él su amor, no lo acompaña, no se esfuerza por comprenderlo, es pura exigencia, mal humor, peticiones egoístas de cariño dando muy poco. Y de repente resulta que la secretaria es muy simpática, o la vecina o qué sé yo, y sucedió el pecado.

Siempre el que lo comete es responsable, pero ¿qué parte de responsabilidad en los pecados del otro ( en los chicos y en los grandes) tiene la pareja?

Por eso tengo que pedirle perdón, por lo que yo lo he ofendido, por las veces que yo he sido causa con mi egoísmo, de un ataque de mal genio del otro, por ej. Y pedirle perdón también por no haberlo ayudado lo suficiente.

Perdón se pide de distintas maneras.

Cuesta pedir perdón y más frente al otro. Frente a Dios, uno siempre se lo imagina sonriente; pero frente al otro que también me ha herido, que está enojado, pedir perdón, agachar el moño cuesta. Y entonces muchas veces las parejas no son capaces de decirse perdón y entonces qué es lo que hace ella? Le trae un jugo; y él se toma el jugo, no la mira, pero sabe que ella lo perdonó. Y después le dice ¿te ayudo en algo? Bueno, esa es una manera, y como primera aproximación está bien.

Ahora ciertamente el perdón culmina en las palabras y puede ser que después de haberse "abuenado", así vía gestos, en la noche conversando, vendrá el perdón de palabra, que es el que sella la relación.

Creo que es importante revisarse cómo se piden perdón y con qué frecuencia. Y con esa conciencia, si no nos pedimos perdón y no aprendemos a pedirlo y a darlo (porque a veces hay uno que siempre pide y el otro es bien tieso) estamos haciendo farsa en la misa. Estamos en la misa haciendo cosas que no vivimos, que no prolongamos en la semana y no nos estamos preparando responsablemente para la próxima misa.

Al pedir perdón, tengo que llegar con mi provisión de perdones pedidos en la semana y ponerlos dentro de ese 'ten piedad'.

## El gloria.

Cada día tengo que prolongar también el gloria. Frente a Dios y frente al Dios presente en el otro. Creo que también aquí la oración de la noche es el momento de recoger todo el día y de darle gracias solos o juntos.

En la misa cantan juntos el gloria, ¡qué linda sería una oración de la noche donde se invitaran uno al otro a dar gracias al Señor, cantémosle nuestro gloria!. Dí tú por qué agradeces, yo digo por qué agradezco, y lo presentamos juntos.

Si llego al gloria y digo el texto pero sin poner nada dentro...¡Pero si esta semana pasaron cosas muy lindas, y agradezco por ellas! ...

El gloria de cada uno es distinto. El texto es el mismo. Sería una locura si cada uno agradeciera por su cuenta, con sus palabras; nos ponemos de acuerdo pero cada uno va metiendo un contenido distinto. Si yo no he preparado mi gloria del domingo con los pequeños glorias de cada día, ese gloria es hueco, es una cosa que no me toca personalmente.

Entonces ¿cómo estamos en la actitud de gratitud frente a Dios en la semana y especialmente de qué manera le agradecemos su presencia amorosa junto a mí desde el corazón del otro, y los regalos de amor que me ha dado a través del otro?.

Y aquí vemos los tres grados de que hablábamos antes:

Gratitud: ¿Cuántas veces, en qué forma le sé decir yo gracias al otro por cosas que hace por mí? O lo considero evidente? Total la compré el día del matrimonio así que es mía, y que me sirva es normal...

Todo eso es gratuito porque depende de una decisión libre. Gracias y gratitud son dos palabras correlativas; vienen las dos de gratis.

Lo que se me dio gratis tengo que agradecerlo diciendo 'gracias' porque dar gracias es reconocer que es un don gratuito. Todo lo que Uds. reciben es consecuencia de una decisión libre que tomó el otro cuando decidió casarse con Uds. y de la decisión libremente renovada cada día de permanecer fiel. Porque de repente podría decir 'no mantengo la palabra dada y me voy'. Y todo lo demás es consecuencia de eso: los servicios, el trabajo son algo gratuito. Si es que hay algún deber, es un deber que está siempre brotando por amor de una decisión gratuita y merece mi gratitud.

¿Hasta qué punto nos hemos acostumbrado a que el otro trabaje, a que la otra me sirva, a que la otra me atienda. Revisemos todas las cosas por las cuales no decimos gracias.

Cuando recién casados o en el pololeo, se agradecían todo... ¿Cómo va la cosa ahora?

Se agradece lo que el otro ha hecho, pero después viene la alabanza. La sra. preparó un rico postre: gracias por el postre. Después debería venir el segundo paso: ¡qué buena eres! Pasó de la cosa buena que hizo por él, a ella. Y luego viene la alabanza, el piropo. ¡Qué importantes eran los piropos en el pololeo! Es simplemente alabar al otro y decirle lo que uno goza porque él es como es y alabarle sus condiciones físicas o sus condiciones espirituales... Decirle 'me gustas y te agradezco que seas así'... ¡Qué importante es hacer eso! Si Uds. no se alaban uno al otro durante la semana, no van a tener el sentido de la alabanza y no van a poder decir de verdad el 'te alabamos Señor'

La alabanza de amor es la que vale para la misa... Y vale la pena preguntarse qué cosas que nos decíamos en el tiempo del pololeo ya no las decimos.

Es importante estar recordando: 'a mí me gustas tú y te agradezco no solo lo que haces sino lo que eres, que seas como eres. Gracias por seguir siendo así'.

Finalmente la adoración.

Siguiendo con el desarrollo del ejemplo anterior: 'te doy gracias por el postre'. Y luego: 'qué buena eres'; y en esto el marido se da cuenta de que no basta la alabanza y entonces la abraza. Y ese abrazo puede terminar en la donación completa, en la relación conyugal. Esto equivale a la adoración.

De repente me doy cuenta de lo que el otro ha hecho por mí, lo que el otro es y no se lo puedo pagar con palabras: tengo que darme yo como regalo de gratitud y viene la entrega en la caricia, la entrega conyugal.

Y hay otras formas que son como una adoración al otro muy simples pero muy hermosas. Por ej. hay un detalle al que los maridos dan mucha importancia: que la señora esté cuando ellos lleguen en la tarde. A veces ella dice ¿pero por qué? Esto es un signo de eso: yo estoy para ti; y el marido goza cuando llega y encuentra a la señora.

Y qué alegría para la señora cuando un día el marido, loco por el fútbol, se queda en la casa y le dice 'oye y... ¿no hay partido? No, si hay pero esta tarde te quiero acompañar. He estado mucho afuera.' Eso es decir 'estoy para ti, estoy agradecido, te quiero mucho y me doy cuenta de que no basta que te lo diga con palabras. Yo tengo que convertirme en regalo para ti, por eso me quedo contigo, te estoy regalando mi estar contigo'.

Ese es un vivir el 'te adoramos' de la misa frente al Dios presente en el corazón del otro

### III. Pauta de trabajo

#### 1. Dinámica A: El Saludo en la misa

1. Anota las primeras palabras de la mañana que:

Le digo a mi cónyuge

Escucho de mi cónyuge

¿Cómo saludo a mi  
cónyuge?

¿Cómo saludo a mis hijos?  
(Piensa en cada uno)

2. Haz una lista de todas las personas que durante el día deberías saludar y reflexiona:  
¿cómo es tu saludo a ellas?


## 2. Dinámica B: El Perdón en la misa

Cada matrimonio intercambia su experiencia de perdón o reconciliación. Pueden ayudarnos las siguientes preguntas:

- ¿Cómo podemos ayudarnos mutuamente a pedirnos perdón? ¿Qué te ayuda a ti?  
¿Qué me ayuda a mí?

.....  
 .....  
 .....

- ¿Qué actitudes más te hieren, te entristecen?

.....  
 .....  
 .....

- Buscar juntos un **símbolo, gesto o signo** que le exprese al otro su arrepentimiento y la necesidad de reconciliación cuando quedaron enojados. Por ejemplo, poner algo en el Santuario Hogar: un símbolo, un signo, un gesto, una palabra que acorte las distancias o disminuya la tensión en la relación.

.....  
 .....  
 .....

(Primero dejar unos 5 minutos para que cada uno reflexione y luego, ambos intercambian durante 15 minutos).

De acuerdo a lo trabajado, el grupo elabora un pequeño examen de conciencia matrimonial, que puedan utilizar en su oración de cada noche.

## 3. Sugerencias de Propósitos

- Preparar conscientemente el momento de perdón de la próxima Eucaristía.
- Si la última confesión fue hace mucho tiempo, esforzarse por confesarse lo antes posible.

## IV. Oración Final



## ***Cuarto encuentro***



## ***Liturgia de la Palabra***

## II.- Tema La liturgia de la Palabra

(el matrimonio que expone, tratar de hacerlo dinámicamente, sin leer)

¿Qué momento de la vida de Cristo revivimos en la Liturgia de la Palabra, que viene después del gloria, precedida de una oración introductoria?

Recordamos el momento de la Encarnación, cuando la Palabra personal de Dios, que es Jesucristo, baja a nosotros y entra en nuestra vida, en concreto en la vida de la Virgen, para hacerse carne en medio de nuestra historia.

La liturgia inicial de la misa equivale a la primera parte de la Anunciación. El ángel, con el saludo a la Virgen crea el ambiente. La turbación de la Virgen, la tranquilidad que le devuelve el ángel, todo eso equivale a la primera parte de la misa. Pero lo importante en la escena de la Anunciación es cuando la Palabra de Dios baja al seno de María y se hace carne en ella.

Eso se repite en la liturgia de la Palabra. Va a venir la Palabra de Dios y lo que nos exige la liturgia es que como Iglesia, recibamos esa Palabra con la actitud con que María la recibió.

Aquí es importante recordar la identidad entre Cristo y la Palabra de Dios.

Dios tiene un Hijo y ese Hijo es su Palabra viva. Tal vez a alguno le puede sorprender que la Palabra de Dios sea su Hijo. A lo mejor podrían decir y por qué no es su hija. (Las hijas normalmente tienen más palabras que los hijos) aquí se trata de una palabra que es 'hijo'.

¿Por qué al Hijo del Dios se le llama Palabra?

Dios es espíritu y él no puede generar según la carne. Desde toda eternidad Dios tiene un Hijo pero que es generado de modo espiritual. Y la analogía humana que mejor explica el sentido de esa generación es la forma en que cada uno de nosotros, en su espíritu, genera palabras mentales.

Cuando yo pronuncio una palabra en mi interior, ese es un acto espiritual: genero algo desde mí mismo. No sólo los primeros Padres de la Iglesia y los teólogos, sino que la misma escritura, en el prólogo del evangelio de san Juan llama a Cristo el Verbo, la Palabra, dando a entender que es un hijo generado por el Padre, espiritualmente, como uno genera esa palabra interior del propio pensamiento.

Esa palabra que Dios pronuncia es una palabra idéntica a sí mismo, es una palabra que expresa todo lo que Dios es. Cuando Dios piensa en sí mismo y dice Yo, esa palabra por un lado es distinta de Él, pero es una palabra que refleja toda la realidad divina. Es otra persona divina igual al que la pronunció. Es un Hijo del Padre porque ha procedido del Él

pero a quien el Padre regala toda su riqueza divina. En ese Hijo, que es pronunciado, generado, en la misma forma que pronunciamos nuestras palabras, el Padre encuentra toda su complacencia.

Pero Dios tiene un corazón tan infinito de padre que no le bastó ese Hijo divino en quien tiene toda su complacencia. Él quiso tener más hijos, quiso reflejar, repetir el rostro de ese Hijo Único en muchos otros hijos y así a través de su Palabra Viva, creó primero al hombre, nos creó a todos nosotros. Cada uno de nosotros refleja algo de Cristo, así como las distintas flores y objetos reflejan distintos rayos de la luz del sol.

Y después cuando estos hijos, creados según la imagen del Unigénito, rechazamos nuestra vocación de hijos, el Padre mandó a ese Hijo suyo, a esa Palabra Viva, a reconquistar nuestro corazón de hijos para Él.

Y entonces la Palabra bajó a la tierra, al seno de María y se hizo carne y habitó entre nosotros.

En la Liturgia de la Palabra se revive ese momento: la Palabra Viva de Dios, Jesús que se identifica personalmente con Él, vuelve a resonar en medio de nosotros y nos pide recibirla como María lo recibió en la Anunciación.

Esto qué significa que nos pide tres actitudes:

1. Primero, saber **escucharla**, y aquí recuerdo el principio. Nos parece que Dios no nos habla, pero sí, en la misa nos habla explícitamente, con su Palabra directa. A veces a nosotros nos parece que nos habla por dentro, y podemos aceptarlo o no. A veces es solo nuestra imaginación y no son palabras de Dios las que nos imaginamos que son. En la misa Él nos habla oficialmente. Es Dios el que está hablando, es su palabra que nos está llegando, es palabra leída de la Biblia, escrita hace muchos años, pero palabra de Dios.  
La palabra de Dios nos llega oficialmente a través de las palabras de la Biblia; ahí está presente La Palabra.

Nosotros tenemos que escucharla y aquí viene nuevamente el llamado a revisar cómo está nuestro silencio interior (no ahora en el retiro sino durante la misa).

Una persona decía: 'para mí la misa es un problema porque la primera mitad la paso enojado por lo que me costó sacar de la casa a mi señora y a mis hijos y cuando ya se me está pasando ese enojo y estoy comenzando a concentrarme, me empieza a bajar el hambre pensando en el almuerzo que viene. Y entonces, entre recordar lo que pasó y pensar en el almuerzo, se me va toda la misa y no puedo concentrarme en lo que pasa adelante.'

Bueno, cada uno tiene que preguntarse cómo anda mi silencio en misa y cuáles son las preocupaciones que me distraen y sobre todo en ese momento.

Yo tengo que confesar que como sacerdote, me pasa también. A veces no he tenido tiempo para leer con calma las lecturas antes de la misa y resulta que toca llegar al evangelio y uno no se dio cuenta qué decían las lecturas porque estaba distraído y se me pasó la palabra de Dios. También a los sacerdotes nos pasa cuando estamos pensando en otras cosas...

2. En segundo lugar, escuchar la Palabra para **acogerla**.

Esto requiere que abramos nuestros oídos y nuestro corazón; que dejemos que la Palabra entre, que tome morada en nuestro corazón para que se haga carne en nuestro interior así como tomó morada y se hizo carne en el seno de la Virgen el día de la Anunciación.

¿Y para qué quiere la Palabra hacerse carne en nosotros? Para hacer con nuestra vida lo que hizo con la carne de María.

La Virgen se abrió, dejó que la Palabra tomara su carne y esa parte de su carne se convirtió en la carne de Cristo, del Hijo de Dios. La palabra viene en la misa para lo mismo: para que la dejemos entrar en nuestra vida entera, para que ella pueda apoderarse de nuestra vida y la transforme en vida de Cristo o en reflejo de la vida de Cristo.

3. Pero acoger de verdad la palabra, supone **obedecerla**.

Si de verdad yo me abro a la palabra para que me transforme en Cristo, tengo que obedecerla y cumplir lo que ella me pide. Porque la transformación en Cristo no es mágica; la Palabra no va a entrar en mí y automáticamente yo me convierto en Cristo. Para convertirme en Cristo la palabra me va a pedir cosas desde adentro y yo tengo que obedecerla.

Y ¿qué me va a pedir la Palabra para transformarme interiormente en Cristo?

Que yo acepte los llamados que ella me hace a amar como Cristo amó, al Padre y a los hombres. Y en la medida que yo obedezco los llamados que la Palabra me hace desde dentro, ella me va transformando en Cristo.

Ahora ¿cómo le respondo a la Palabra dando a entender a Cristo que escuché, que he querido acoger y que estoy dispuesto a obedecer?

Litúrgicamente lo hacemos en dos momentos:

- Con la respuesta breve que se da después de cada lectura: Demos gracias a Dios y Te alabamos Señor. Con esa respuesta primero le damos gracias a Dios por habernos ofrecido su Palabra
- Después, el otro momento, pasadas las tres lecturas, y pasada la homilía que nos ayuda a descubrir qué nos quiso decir la palabra de Dios escuchada, respondemos con el Credo.

## Credo.

¿Qué significa decir creo?

Significa que creo que la palabra que recibí es Palabra de Dios; significa que creo que esa palabra se me dirige para transformarme en Cristo, y significa decir que creo que mi felicidad depende de que me deje transformar. Y para dejarme transformar yo tengo que ponerme a disposición de Dios.

El credo es de alguna manera un repetir 'He aquí la esclava del Señor' de María. Cuando el ángel le anuncia algo tan desproporcionado como que va a ser madre del Hijo de Dios, siendo virgen, él para tranquilizarla, le dice: 'Para Dios no hay nada imposible. Dios puede hacerte madre-virgen de su Hijo'.

El credo es lo mismo: Creo que para Dios no hay nada imposible y creo que si me entrego en sus manos, Dios va a poder convertir mi vida en vida de Cristo, y a mí, como soy con mis mañas, con mis defectos, la Palabra de Dios puede transformarme y enseñarme a amar como Él.

A eso tengo que decir 'He aquí la esclava del Señor', me entrego, estoy a tu disposición. Y esa actitud de disponibilidad a que llama y que exige la Palabra, se concreta en el Ofertorio

## II. Trabajo de grupo

1. Leer el siguiente texto del diario de Santa Teresita de Lisieux.

Santa Teresita del Niño Jesús recuerda cómo su papá acogía la Palabra de Dios:

*"Acto seguido, toda la familia iba a misa. Durante todo el camino, y hasta en la iglesia, la "reinecita de papá" le daba a éste la mano, se sentaba a su lado; y cuando teníamos que bajar para escuchar el sermón, había que encontrar también dos sillas, la una junto a la otra. Esto no resultaba muy difícil, pues tan complacido parecía todo el mundo ante la escena de aquel distinguido anciano con aquella hijita tan pequeña, que todos se apresuraban a cedernos sus asientos. Nuestro tío, que ocupaba los bancos reservados a los mayordomos, gozaba viéndonos llegar a los dos. Decía que yo era su rayito de sol..."*

*Las miradas de la gente no me producían el menor desasosiego. Escuchaba con gran atención los sermones, aunque no era mucho lo que entendía. El primero que comprendí, y que me conmovió profundamente, fue uno sobre la Pasión, predicado por el Sr. Ducellier, y desde entonces comprendí todos los demás.*

*Cuando el predicador hablaba de santa Teresa, papá se inclinaba y me decía muy bajito: "Escucha bien, reinecita mía, está hablando de tu santa patrona".*

*Yo, ciertamente, escuchaba con atención, pero miraba con más frecuencia a papá que al predicador. ¡Me decía tantas cosas su hermoso rostro!... A veces sus ojos se llenaban de lágrimas que en vano trataba de contener; gustaba tanto de abismarse en la consideración de las verdades eternas, que su alma no parecía pertenecer ya a este mundo..."*

2. Intercambiar sobre lo que nos obstaculiza y ayuda a escuchar la Palabra de Dios.
3. Dividir un trozo del Evangelio (puede ser el del domingo próximo) en versículos, y entregarlo a cada matrimonio para que hagan una meditación sobre él y luego lo apliquen a su vida. ¿Qué les dice el Señor en su realidad matrimonial, laboral o en su misión de padres, etc.?
4. En un ambiente de oración y silencio, cada matrimonio lee su meditación.

### **III. Sugerencias de Propósito**

- Dedicarnos personalmente o como matrimonio a leer la Sagrada Escritura y meditarla. Puede ser la lectura del día. En Internet se pueden encontrar muchos lugares donde se encuentra la lectura diaria e incluso meditada. Por ejemplo: [www.iglesia.cl](http://www.iglesia.cl), [www.rezandovoy.org](http://www.rezandovoy.org) ;
- Procurar espacios de silencio para una oración más dialogada con Jesús, con la Mater.
- Dejarnos un momento tranquilo para el diálogo como matrimonio. (Practicar la segunda R)

### **IV. Oración Final.**

## ***Quinto Encuentro***



**La Liturgia de la Palabra aplicada a la Vida Matrimonial**

## **I. Tema La liturgia de la palabra prolongada en la vida Matrimonial**

(el matrimonio que expone, tratar de hacerlo dinámicamente, sin leer)

¿Cómo la prolongamos ante Dios? Si yo me esfuerzo en la misa por escuchar lo mejor posible la palabra de Dios y después llago a la casa y nunca más me preocupo de escuchar a Dios, ya ahí hay una falla grave.

Podemos hacernos algunas preguntas: ¿Fuera de la misa leo alguna vez la Biblia? Si me impactaron tanto las lecturas de la misa que las sigo repasando durante la semana, eso está muy bien. Pero si ni siquiera las escuché bien ¿recupero en la casa esa palabra que no escuché, esforzándome por leer la Biblia? ¿La tengo? ¿Dónde la tengo?

Fuera de la lectura de la Biblia, está también la oración. Ahí yo trato de escuchar la palabra que Dios me dirige en la oración. ¿Escucho las palabras que Dios me dice fuera de la Biblia?

Todo acontecimiento, toda cosa, toda persona con la cual me encuentro en la vida diaria, es también un mensaje de Dios, palabra de Dios para mí.

El desafío es cómo convertir toda nuestra vida en una historia de encuentro con Dios, sabiendo dialogar con él a través de los acontecimientos que nos van sucediendo; aprendiendo a mirar todo lo que nos rodea como palabra de Dios.

¿Conservo la actitud de escucha durante la semana, y sobre todo, si la fe me dice que toda persona es palabra de Dios, porque es un pensamiento encarnado de Dios?

Así como Dios generó a su Hijo, a su Palabra, pronunciándolo, también yo soy un pensamiento que Dios pronunció. Dios pensó en mí y dijo: que este pensamiento que es Juan, Angélica etc., exista.

Yo soy un pensamiento de Dios encarnado; una palabra de Dios encarnada. Yo soy un mensaje de Dios para los otros y el otro, el esposo y la esposa, son para su pareja especialísima palabra de Dios, porque el día del matrimonio Dios me dijo 'a través de éste quiero hacerte llegar mis mensajes de amor. Todas las personas pueden tener para ti un mensaje de mi parte, pero nadie tiene un mensaje más íntimo para ti, que éste que te he dado como el compañero de tu vida, para que sea para ti lo que Cristo fue para la Iglesia'.

Y entonces viene la pregunta ¿de qué manera mantengo la actitud de escuchar frente a esa palabra de Dios que me viene a través del otro?

El otro es palabra de Dios para mí, en primer lugar a través de su amor; también a través de sus deseos, de sus necesidades, de sus penas.. Todo eso es palabra de Dios que me está llamando. Sus gestos de amor me llaman a agradecer, sus deseos y necesidades a



atenderlos, sus penas a aliviarlas... Es un llamado de Dios. Si la señora está con dolor de cabeza es una palabra de Dios que me está diciendo 'ayúdala, ten la misma actitud de apoyo frente a ella que Cristo tuvo frente a la Iglesia'. O si el marido está en graves problemas económicos esa situación del marido es una voz para la señora de solidarizar con él como Cristo lo habría hecho con su Iglesia.

El esposo, la esposa y las personas que nos rodean son cada uno un ángel de Dios que nos trae un mensaje suyo.

Cuando el marido se dirige a su señora (o viceversa) para pedirle algo que bulle en su corazón, es un ángel que se acerca y no podemos decirle 'sale p'allá'. Primero tengo que escuchar, tengo que tratar de acoger lo que de Dios viene en ese mensaje. Y después de escuchar, y tal vez de acoger, obedezco, sigo lo que hay de llamado de Dios en ese ruego directo o indirecto, del otro a abrir más mi corazón para amar más, como Cristo amó. Acepto que a través del otro Dios me llama a crecer en el amor; acepto los desafíos a amar que Dios me plantea a través del otro y le digo 'creo que haciendo lo que el otro me pide, que evidentemente es un desafío a crecer en el amor, me voy a acercar más a Cristo y voy a ser más feliz'.

Ahora, hay que escuchar al otro, pero también hay que hablarle. En la misa están las dos cosas: Cristo nos da su palabra y la Iglesia escucha y acoge, y en el matrimonio cada uno tiene que ser a veces Iglesia y a veces Cristo frente al otro. Cuando el otro habla, uno es Iglesia; pero hay momentos en que Dios quiere hablarle al otro a través mío y yo tengo que hablarle: es un deber hablar, es un deber dialogar. Yo soy para el otro una palabra que él necesita. No me puedo guardar cosas que al otro le harían bien, que él necesita escuchar para hacerse más Cristo y crecer en el amor: el diálogo es un deber.

¿Qué diría uno si en la misa de repente se hacen las dos primeras lecturas y llega el evangelio y el sacerdote dice 'estoy cansado, no quiero hablar, no va a haber evangelio, pasemos al ofertorio?... ¡Un fresco, si su tarea es proclamar el evangelio! Pero si en el hogar pasa lo mismo... Cada uno de Uds. es una palabra de Dios, un pensamiento de Dios encarnado; esa palabra Dios se la regaló a otra persona el día del matrimonio y de repente Uds. no quieren ser palabra de Dios para el otro, no quieren ser buena noticia, no quieren ser evangelio. Y esa palabra que cada uno de Uds. debe transmitirle al otro son sus alegrías, sus penas.

Uds. deben compartirla, porque a través de las alegrías, de las penas, de las esperanzas, de los anhelos de cada uno, Dios quiere decirle algo al otro; llama al otro a solidarizar con aquello que Uds. están viviendo y si Uds. no le hablan, no le proclaman esa palabra que son Uds. mismos, que son sus circunstancias para el otro, están negándose a proclamarle un llamado de amor de Dios, un evangelio de Dios. (Sobre este tema del diálogo vamos a volver más adelante.)

Si durante la semana no permanecemos en esta actitud de escucha frente a Dios que nos habla a través del otro, no podemos improvisar eso en la misa. La actitud de escucha, de

acogimiento de la palabra no se improvisa. Si no sé oír al que vive todo el día conmigo y acoger sus palabras ¿cómo voy a oír con disponibilidad al Dios que me habla solemnemente una vez a la semana? Tengo que preparar mi misa a través de este esfuerzo por escuchar las palabras que Dios me dirige desde el otro en la semana. Y haciéndolo después de la misa demuestro que la viví en serio.

## **II. Trabajo en grupo**

Meditar personalmente las siguientes preguntas, y luego dar espacio para comentarlo matrimonialmente y/o grupalmente.

1- ¿Escucho esas palabras de Dios que me llegan a través del otro?

Cuando el otro habla ¿mi actitud interior es responderle como en la misa: te alabo Señor, porque me acabas de hablar a través de mi esposo(a)?

Demostremos gracias a Dios porque me acaba de dirigir su palabra a través de esa petición del otro, de esa advertencia del otro, de esa amabilidad del otro.

2- ¿Escucho con actitud de alegría cada vez que el otro abre la boca? Dios me quiere decir algo. Si es una tontera, tal vez para que lo ayude a darse cuenta de que es una tontera, si no es tontera, para acogerla en mi corazón.

3- Y cuando siento que hay algo de Dios en lo que me dice el otro ¿lo dejo pasar o lo acojo? ¿Le abro el corazón a la sugerencia, a la petición, a la súplica del otro como María lo hizo en la Anunciación, para que esa palabra encuentre morada en mí?

4- ¿Qué habríamos dicho nosotros si el Evangelio nos contara que cuando el ángel le habló a la Virgen ella le hubiera dicho 'sale p'allá'?

## **IV. Oración Final**

## ***Séptimo Encuentro***



Ofertorio y la Consagración

## I. Tema: El Ofertorio y la Consagración

(el matrimonio que expone, tratar de hacerlo dinámicamente, sin leer)

El Ofertorio equivale al momento de la respuesta de la Anunciación: 'He aquí la esclava del Señor', me entrego, acepto.

En la vida de María también responde de algún modo a la presentación de Jesús en el templo.

Porque la Palabra nos pide dos cosas:

### 1. Declararnos disponibles nosotros:

'He aquí la esclava del Señor, que se haga en mí según tu palabra.' Pero a veces, más que entregarse uno, cuesta entregar lo más querido. Cada uno tiene un 'hijo del corazón', que puede ser el propio hijo u otra cosa que es para uno lo más querido. Y a veces más que entregarse uno, cuesta entregar eso que uno más quiere.

La Virgen se entregó ella, en la Anunciación, y en el templo cuando fue a presentarlo, entregó al hijo de su corazón a quien amaba más que a sí misma.

Esta actitud de disponibilidad se expresa en el ofertorio. Aquí yo me uno a la entrega confiada de María, pero también a la entrega confiada de Cristo.

Porque en la Anunciación resonaron dos sí: la Iglesia dijo sí, a través de María, pero como nos lo revela la Carta a los Hebreos, en el mismo momento en que la Virgen dice sí y acepta, el Hijo de Dios que baja y que acepta encarnarse, le dice también a su Padre: 'me has dado un cuerpo y he aquí que vengo a cumplir tu voluntad. También el Hijo se abandona en manos de ese Padre que le da un destino humano y que Él acepta con confianza filial.

En el Ofertorio yo me uno a la entrega filial de Cristo y al sí de María.

Simbólicamente, en el ofertorio de cada misa yo debería expresar esta disponibilidad a que me ha llamado la Palabra, poniéndome con la actitud de Cristo y la actitud de María en la patena y en el cáliz. Ponerme yo y poner todo lo mío: decir sí Señor, me entrego, te entrego al hijo de mi corazón, las cosas que quiero etc.... Quiero que todo lo que soy y tengo tú los transformes en Cristo, y por lo mismo, pongo todo lo que soy y tengo en la patena y el cáliz: soy para ti, para que tu palabra me penetre y me llene de Cristo, como lo va a hacer con el pan y el vino.

La Palabra va a volver sobre el pan y el vino. La primera Palabra nos invita a entregarnos: le entregamos el pan y el vino como signo de lo que somos, de nuestro trabajo, nuestra vida, nuestras luchas, nuestras esperanzas. Y después la Palabra va a venir de nuevo en la Consagración. Ahí el sacerdote de nuevo va a repetir palabras de Cristo.

Y después que las primeras palabras nos han llevado a ofrecerle los dones a Cristo, la Palabra vuelve y ahí penetra los dones y los llena de Cristo en la consagración.

Pero yo tengo que haberme unido primero en el ofertorio a ese pan y a ese vino; estar abierto para que en la consagración Dios no sólo transforme el pan y el vino sino también mi vida y todo lo que yo puse en la patena y el cáliz, junto al pan y al vino.

Ahora ¿qué nos frena en el Ofertorio? ¿Qué nos frena a decirle que sí a la Palabra, a entregarme, declararme disponible y ponerme en la patena y en el cáliz?

Nos frena el temor.

¿Temor de qué? si lo que se pone en la patena y en el cáliz se convierte en Cristo y convertirse en Cristo es fantástico...

Sí, pero es que se va a convertir en Cristo crucificado.

El pan y el vino se van a convertir en la Consagración, en el cuerpo de Cristo entregado por nosotros para ser comido. Y el vino se va a convertir en la sangre derramada por nosotros, y nos da miedo ponernos en la patena para que Dios nos transforme en ese Cristo que murió de amor, en ese Cristo que sufrió por amor.

El rechazo al dolor o a la posibilidad de sufrir es algo instintivo en el hombre, es normal. Pero la misma Palabra de Dios que nos pide ese abandono, esa confianza, esa entrega en blanco, esa misma Palabra nos tranquiliza, nos dice 'no temas'.

En la Biblia Dios pasa diciéndole al hombre 'no temas', porque Él sabe que le tenemos miedo al dolor y vive tranquilizándonos.

Nos dice que no temamos porque Él ha vencido al dolor, que no temamos porque Él nos va a ayudar a vencer el dolor y todas las consecuencias dolorosas a las cuales tememos. Y porque Él nos va a ayudar a creer en el misterio pascual y a creer que Dios nunca va a permitir un mal en nuestra vida si no es por un bien mayor.

La misma palabra de Dios en la Biblia se encarga de tranquilizarnos.

Nos dice 'entrégate como María. Es cierto que María sufrió, pero mira adonde la condujo su camino: ahora es Reina del Cielo. Es cierto que cuando Cristo dijo 'he aquí que vengo a cumplir tu voluntad', sufrió, pero Él es el Señor de la historia y reina en la gloria. Déjate transformar asume sin miedo en el ofertorio la actitud de abandono de Cristo y de María en las manos del Padre y Él va a transformar tu vida en algo que va a terminar bien, aunque tengas que pasar por el dolor'.

¿Qué palabras de la Palabra nos llaman a no tener miedo?

1.-Primero, todo el mensaje de Jesús acerca de la paternidad divina.

Si Dios es Padre de verdad ¿cómo puede permitir el mal en nuestra vida si no es para ayudarnos a crecer en el amor?

La Carta a los Hebreos nos dice que cuando Dios nos corrige, cuando Dios permite el dolor en nuestra vida, es como un Padre que corrige a sus hijos, porque quiere que crezcan. Es como el papá que le da un remedio malo al hijo y le exige que lo trague porque le va a hacer bien.

2.-Están también los textos que hemos recordado otras veces pero que conviene recordar de nuevo. Al leerlos que cada uno piense ¿qué es lo que más me da miedo que Dios me pida? Ante esta idea de entregarme con todo lo que soy y tengo en la patena y el cáliz, ¿cuáles son mis miedos? ¿cuáles son mis temores? ¿cuáles son los dolores que no me gustaría que Dios me mandara? Recordemos esos dolores a los cuales temo y que si me llegan, me vienen de las manos de Dios. Y si algún día me llegan, me van a venir para que se repita en mí la historia del grano de trigo.

Jesús nos recuerda que si el grano de trigo no muere permanece infecundo. Hay una ley de destrucción impresa en la estructura de la vida. La vida no puede crecer sin ir destruyendo límites.

Una célula, si no se destruye para dar origen a dos, en vez de la única que era, permanece infecunda y muere. El crecimiento de nuestro cuerpo supone que se han ido rompiendo células que se van multiplicando. Todo proceso de crecimiento supone algo de ruptura y eso vale también para el crecimiento espiritual.

En el fondo, el misterio del dolor se identifica con el misterio del amor.

Amar es darse y darse significa romper los límites de mi yo, del egoísmo que cerca mi yo. No puedo amar sin romper esos límites y eso duele, porque tengo la tendencia de permanecer replegado sobre mí mismo. Toda decisión seria de amar, es una decisión de romper los límites de mi yo y eso es doloroso, va a incluir dolor.

No puedo decir quiero amar pero no quiero sufrir. Sería como decir 'quiero amar pero no acepto el sacrificio de luchar contra mi egoísmo, mi orgullo, mi mal genio'.

Son inseparables la decisión de amar con la aceptación de sufrir. Nosotros para amar, tenemos que imponernos sufrimientos, a pasar dolorosamente sobre las barreras de nuestro yo. Y cuando Dios por su iniciativa nos manda dolores, ellos siempre tienen el mismo fin: romper barreras, urgentes empujarnos a dar pasos de amor que si Él no nos ayudara con esos agujones, no los daríamos.

Están también las palabras acerca de la viña y del Padre viñador, que poda su viña. No lo hace para decir 'mire como chorrea la savia de este sarmiento'... Él no corta para hacer sufrir la viña sino para que dé frutos...

Cada dolor que pueda venir en nuestra vida, si Dios lo manda va a ser porque espera un racimo con el que nosotros no contábamos...

Y finalmente las palabras de Dios nos recuerdan su propia historia y su misterio de muerte y resurrección.

No hay ningún dolor nuestro, ninguna tragedia posible, que sea peor de lo que fue la muerte de Cristo. Si Dios permitió ese drama y de ahí sacó vida, esperanza, resurrección, salvación para todos, ¡cómo no va a ser capaz de hacer lo mismo con mis pequeños dramas y con cualquier drama, por grande que sea: la muerte del esposo, de la esposa de un hijo!...

Nunca va a ser algo tan dramático como el asesinato de Dios en la cruz.

Yo tengo que aceptar cualquier dolor que pueda llegar en mi vida como un drama menor que el del Calvario. Y si el del Calvario Dios lo permitió para sacar de ahí una fuente de bendición eterna e inagotable para todos los hombres ¿por qué no voy a creer que Dios es capaz de sacar de mis dolores, de los que él permite que yo sufra, también bendiciones?

¿O es que Dios quedó agotado después del Calvario? ¿O es que ya no es capaz de convertir otras cruces en fuentes de resurrección?

Sabemos que no es así. Por eso, entreguémonos con confianza; pongámonos enteros en las manos de Dios. Si Él me manda algún dolor, va a ser para mi bien, para asemejarme a Cristo: cualquier cruz que él me mande va a ser para hacerme crecer.

Por eso, 'he aquí la esclava del Señor', 'he aquí que vengo para cumplir tu voluntad'.

Obedezco a la Palabra y me pongo en la patena y en el cáliz, con todo lo que soy y tengo, para que tú me conviertas en Cristo.

### **La consagración**

La consagración es el momento de la misa en que se revive la subida de Cristo al Calvario, el momento de la cruz, en que Cristo por un lado, se entrega hasta la muerte por el Padre y por nosotros y en que María como representante de la Iglesia, acompaña y recibe esa entrega, dejando que una espada traspase su corazón.

En la misa, Cristo no solo recuerda ese momento de su vida sino que lo revive. Cristo crucificado, Cristo entregándose como en el Calvario, derramando su sangre, está realmente presente sobre el altar, pero bajo el aspecto del pan y del vino.

Aquí es interesante recordar que las palabras consagración, (que parece una palabra bonita, noble, consagrar, santificar) y sacrificio son lo mismo.

La palabra sacrificio inmediatamente evoca esfuerzo, dolor, muerte, algo exigente. Consagración en cambio parece una palabra bonita: son lo mismo.

Consagrar significa 'hacer sagrado', hacer algo propiedad de Dios y sacrificar viene también del latín *sacrum facere*: hacer algo sagrado. Toda consagración etimológicamente es un sacrificio, es un acto destinado a convertir una cosa en sagrada, propiedad de Dios.

Y ¿por qué incluye la noción de dolor?

Porque nada puede ser consagrado, hecho propiedad de Dios, sin purificarlo de aquello que no es digno de Dios. Por ejemplo, un cáliz, un vaso, una bandeja que se quiere usar en la eucaristía, hay que limpiarla, hay que hacerla digna de Dios. A la bandeja no le duele que la limpien con un pañito. En cambio la purificación del hombre, del interior del hombre, es siempre dolorosa, porque supone un cambio, una lucha contra defectos que nos cuestan y que nos duele vencer.

Cristo en el Calvario se sacrifica o se consagra: es lo mismo. Se hace don total del Padre, para el Padre y para nosotros, y hace lo mismo en la misa.

El momento de la consagración es el momento del sacrificio: Él se hace don sagrado, pleno.

Él acepta, como símbolo de su anhelo de volver al Padre, de proclamar que el Padre es toda su riqueza. Él aceptó en el Calvario renunciar a su vida humana. Su vida humana comparada con el volver a estar con el Padre era un bien al cual Él podía renunciar, y nos da su testimonio en la cruz.

El Padre es una riqueza tan grande que vale la pena morir para volver a estar con Él.

Por otro lado Cristo nos amaba tanto y quería tanto entregarse a nosotros, para llegar a una íntima unión con nosotros, que para que creamos en ese amor acepta también morir.

Él entrega su cuerpo y su sangre, como muestra de que nada lo separa del Padre, a quien vuelve muriendo. También acepta morir para entregarnos su cuerpo y su sangre, para que los recibamos como alimento en la comunión.

Renuncia a todo lo que pueda separarlo de una unión íntima con el Padre y con nosotros. Elimina de sí todo obstáculo para la unión total.

Para la unión total con el Padre la existencia humana era una distancia: Él la entrega. Y para la unión con nosotros, también. Si no hubiera muerto en la cruz no habríamos podido comer su cuerpo y beber su sangre en la eucaristía.



Esa muerte se repite en la consagración y de nuevo, en cada consagración, Cristo nos demuestra todo lo que ama al Padre y todo lo que nos ama a nosotros; que por su Padre y por nosotros es capaz de entregarse entero.

Pero al mismo tiempo está como Jesús resucitado, está como fuente de vida, de fuerza, de esperanza. Como fuente de ayuda, de energía para que los que comemos de ese cuerpo entregado y bebemos de esa sangre derramada, podamos también enfrentar nuestro propio dolor, nuestra cruz y convertirlos en ocasión para expresar nuestro amor.

En la consagración Cristo nos invita a unirnos al amor con que Él dio su cuerpo, su sangre, su vida: todo, por el Padre y por nosotros.

En una de las oraciones después de la consagración le pedimos al Padre que nos haga 'un solo cuerpo y un solo espíritu con Jesús' que acaba de revivir su entrega en la misa. Es decir, le pedimos al Padre 'permítenos unirnos a Cristo de manera que podamos entregarnos como Él para amar como Él. Permite que seamos con Cristo un solo cuerpo entregado y así como a Cristo no lo frenó ningún dolor corporal para darse por entero, que tampoco a nosotros nunca el cansancio, las fatigas, lo que le duele a nuestro cuerpo sea freno para el amor. Permite que nuestro cuerpo esté tan llevado del anhelo de amar, que pueda vencer cualquier dolor físico que sea necesario para expresar el amor. Ya no ser con Cristo sino un solo espíritu de entrega. No escatimar ni una sola gota de sangre que nos pidas entregar si es para amar.

En la Consagración Cristo nos llama a entregarnos como Él para morir a nuestro egoísmo y para resucitar a un amor nuevo como el que Él nos vino a enseñar a la tierra. Y espera de nosotros que no seamos meros espectadores.

Venimos a comprometernos con Cristo, vengo a pedirle y después vamos a rezar que seamos un solo cuerpo y un solo espíritu con Él. Y somos mentirosos si decimos eso o escuchamos la oración del sacerdote y respondemos amén, y no pensamos esforzarnos en nuestra vida por entregarnos como Cristo se entregó para amar, si no estamos dispuestos a sacrificarnos para morir al egoísmo cada día y resucitar a un amor más grande.

Aquí vale de nuevo la advertencia de San Pablo. Si yo vengo y miro la consagración y en la comunión recibo su fruto y sigo igual y no tengo ningún deseo de asemejarme más a Él, soy un hipócrita; estoy comiendo y bebiendo indignamente del cuerpo y de la sangre del Señor.

Cuando a uno lo invitan a un banquete, uno queda comprometido a devolverle la mano al que lo invitó. Si a mí me invitan a una comida y me dan pavo, no puedo decir 'te voy a invitar a mi casa a comer pantrucas' (a menos que esté muy mal y que le pida disculpas al invitado)

San Agustín dice: 'Jesús nos invita a una cena donde nos regala su cuerpo entregado por nosotros, y su sangre derramada por nosotros'. Yo tengo que devolvérselo esforzándome

en la semana por entregar yo también mi cuerpo y gotas de mi sangre por tratar de amarlo a Él y a los demás como Él me lo pide.

Y en la misa este compromiso se expresa en una fórmula que todos nosotros repetimos. Después de la consagración, cuando el sacerdote dice: 'este es el sacramento de nuestra fe' este es el símbolo del inmenso amor del Dios en el cual creemos, del misterio central de nuestra fe que es la muerte de Cristo por amor a nosotros. Y nosotros respondemos solemnemente: 'anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús'

Y ¿qué significa eso? No solo estamos haciendo un gesto litúrgico: nos estamos comprometiendo a salir de la misa a anunciar su muerte en nuestra vida, en el esfuerzo diario por morir a mi pecado, a mi egoísmo y por proclamar su resurrección a través de mi esfuerzo por amar más. Que cuando los otros me vean en la semana, a este cristiano que se alimentó con el cuerpo de Cristo muerto de nuevo en cada misa, sienta que soy un hombre que lucha cada día por morir al pecado y resucitar a un amor mejor.

## II. Trabajo en grupo

Meditar personalmente las siguientes preguntas, y luego dar espacio para comentarlo matrimonialmente y/o grupalmente.

- ¿Cómo podemos prepararnos para hacer nuestra la ofrenda del altar en la Santa Misa? ¿Qué ponemos en ella?
- Los que quieran pueden compartir con el grupo alguna experiencia donde la **ofrenda**, lo doloroso y difícil fue consagrado, transformado en un bien, en una alegría, gozo y "resurrección".

## IV. Oración Final

## ***Octavo Encuentro***



Prolongación del Ofertorio y la Consagración  
a la vida Matrimonial

## I. Tema: Aplicación del Ofertorio y la Consagración a la Vida Matrimonial

### El ofertorio

La palabra que Dios me dirige en la misa, las que me dirige en la vida diaria, en especial a través del otro, apuntan a lo mismo: a que acepte un llamado que es para amar más, que es un llamado a entregarme más; que es un llamado por un lado a ponerme en las manos de Dios y a ponerme en las manos del otro. ¿Cómo vivo yo la disponibilidad del ofertorio en la semana? ¿Prolongo mi actitud de la misa poniendo cada día todo lo que me pasa, o todo lo que creo que me va a pasar, en las manos de Dios?

Y aquí volvemos de nuevo a la oración de la mañana y de la noche.

¿Cómo hago la oración de la mañana? ¿Es una oración supersticiosa, que me persigue para que no me pase nada? ¿Es una especie de póliza de seguros que yo compro al partir de la casa? O es en cambio una oración de entrega, es un decirle al Señor: 'Yo sé que mi historia de hoy va a ser un caminar hacia ti, en Cristo. Yo sé que es una historia que termina en tu corazón y todo lo que siento que me puede pasar hoy, los problemas o alegrías que estoy previendo, todo te lo entrego. Que pase lo que tú quieras: me entrego en tus manos'

Y lo mismo en la noche: entonces tomo ese día feliz o triste que pasé y lo hago ofrenda, lo pongo en las manos de Dios como en una gran patena y le digo: 'Padre haz que todas estas alegrías y penas de hoy se conviertan en muerte y resurrección de Cristo en mi vida. Todo lo que hoy me hizo gozar o sufrir, me ayude a identificarme más con Cristo'

¿Es esa actitud de entrega la que impregna mis oraciones de la semana o el ofertorio es un paréntesis desconectado de todo lo que vivo?

Dios quiere también que cada día yo viva el ofertorio frente al otro; él también me pide regalos de amor y yo me atrevo a poner en manos del otro todo lo que él me pide. Me atrevo a entregarme al otro, a poner mi corazón en esa patena que son sus manos.

Aquí frente al otro me pasa lo mismo que en la misa: es el temor: ¿Y si el otro me pide algo que me cuesta?

Y aquí están las defensas. ¿Defenderse de qué? Defenderse del dolor para ser feliz. Pero **¿en qué consiste la felicidad?**

La felicidad no consiste en no tener dolores; la única felicidad que es realización de la vida para el cristiano, es **la felicidad de poder amar como Cristo amó**. Yo me realizo en la medida en que aprendo a amar. Hay más alegría en dar que en recibir, nos dice el Señor.

Quien quiera salvar su vida, cuidarla, que nada la toque, que nada la haga sufrir, la pierde. Es la palabra de Dios. En cambio el que aparentemente se atreve a perder su vida haciendo algo difícil, algo que cuesta, para darse, ése la gana, ése es el que se realiza y no es que esté renunciando a su felicidad. La sabiduría del amor consiste no en decir yo acepto sufrir para que el otro sea feliz. No. Es aprender a ser feliz con la felicidad del otro; a convertir el hacer felices a otros, en algo que me hace feliz a mí.

En la Navidad los papás aunque no tengan plata, hacen esfuerzos muy grandes para comprar juguetes lindos para sus hijos; les costó sacar el billete de la billetera, pero se les olvida todo lo que crujió al abrirse cuando ve la cara de gozo del niño. El papá no hizo un sacrificio que alegró al hijo y a él lo dejó sobándose el bolsillo; el papá dice 'qué bueno haber gastado esa plata' cuando ve la alegría de su hijo...

El amor, las renunciaciones del amor, no son renunciar y fregarme yo para que otro lo pase bien, sino que tienden a llevarme a descubrir la alegría de dar alegría a otro, que es la alegría más profunda.

Tengo que perder el miedo a que el otro pueda pedirme algo que me cueste. ¡Y qué importa que me cueste si haciendo eso yo crezco en el amor!

Revisémonos frente a Dios: ¿Pongo yo en sus manos lo que Él me pide cada día? O ¿qué cosas temo? 'Cualquier cosa hoy, menos que quiebre mi empresa'... ¡Qué espontáneo, qué normal pedir esto! 'Cualquier cosa pero que no se me agraven los problemas económicos...'

Bueno ¿y si fuera para hacerme crecer más en el amor?

Hace una semana conversaba con un grupo de matrimonios obreros, muy pobres. De repente uno de ellos me dice antes de comenzar la reunión '¿sabe Padre? Quedé cesante'. Lo miré sorprendido porque no me imaginaba y la señora me dice: 'Padre, cuando me lo contó ayer, no se puede imaginar la alegría que sentí. Ud. sabe que mi marido ha quedado cesante varias veces en los últimos años y cada vez era un drama, pero fuimos aprendiendo que Dios nunca nos dejaba botados, que después de alguna manera llegaba el trabajo y nunca nos hemos muerto de hambre. Y lo que más me hacía sufrir era que cada vez que mi marido quedaba cesante, se amargaba. Lo que yo le pedía a Dios no era que no quedara cesante, sino que aprendiera a confiar y cuando él me contó ahora, me llené de alegría porque aunque la cesantía es un problema eso va a durar un tiempo, Dios nos va a ayudar, en cambio por primera vez mi marido no se quebró'

Y él me 'dijo en realidad fue así padre, porque yo trabajé de nochero durante dos o tres años y en las noches cuidando la empresa como portero, no tenía nada que hacer y entonces he rezado mucho los últimos dos años, he leído mucho la Biblia y todo lo que mi señora me decía de la confianza en Dios, se ha ido haciendo vida en mí y realmente no estoy angustiado'.

Es un matrimonio obrero, pobre, y consideraban que el haber conquistado esa gracia de no quebrarse ante el drama de la cesantía era un regalo tan grande que Dios les había hecho que el estar cesante no era lo más importante. Y para la señora había sido un regalo el haber tenido la ocasión de ver lo que había crecido su marido. Ahora está buscando trabajo pero sin angustia, porque saben que tarde o temprano le va a llegar.

Después, otra familia que estaba allí, muy pobre también, un hombre con seis hijos, jubilado, recibe una pensión mínima. Me decían que los dos hijos mayores que antes ayudaban ahora están cesantes, y la cosa está mucho más difícil en la casa, 'pero sentimos que Dios nos está ayudando a crecer más en el amor. Ayer pasó una señora que venía de una población más pobre que la nuestra y me pidió algo. Le dije que no tenía nada y después me acordé que no era cierto, que tenía un paquete de azúcar. Entonces fui y le di la mitad. En la tarde pasó otra señora llorando y me pidió algo y le dije que no tenía nada, pero me acordé que todavía me quedaba un paquete de fideos entonces fui y le di la mitad.'

Es gente que está aprovechando su pobreza a ese nivel, para crecer en el amor y que le agradecen al Señor que gracias a que la situación está difícil, ellos han ido aprendiendo a dar cosas que antes no daban. Que el ver el dolor de los otros los ayuda, y es gente de un nivel tan pobre que el marido de esta señora, hablando del compartir me decía: 'yo he ido aprendiendo a compartir y cuando una hija mía que está casada y que tiene trabajo, me quiere regalar algo, me trae de regalo un sandwich de mantequilla. Yo nunca me lo como sin repartirlo entre todos los de la casa.'

Es gente que en medio de su pobreza, está creciendo en el amor y a uno le da vergüenza ver cómo, gente con tan poco dinero, aprovecha sus penurias económicas para llegar a un heroísmo del compartir con los demás y del confiar en Dios.

Si yo le tengo miedo a los problemas económicos, cuando me vengán, Dios me los va a mandar para que haga lo mismo, para que aproveche de conquistar esa confianza, que en medio de mi tranquilidad económica no he tenido, y aprenda a compartir aquello que mientras me iba bien no he aprendido a compartir.

Esa entrega del ofertorio de la misa, ese acto de confianza, tiene que ser el resumen de todos los actos de confianza en Dios que he ido haciendo en la semana y también de los actos de confianza y de entrega en las manos del otro.

Y aquí la pregunta. ¿Me pongo en las manos del otro con confianza? ¿Qué temo que el otro me pida? Y sin que me pida ¿qué peticiones que Dios me está haciendo a través del otro no me atrevo a mirar, o quiero hacerme el lesa?

El otro se ha portado tan bien conmigo que me está comprometiendo a pagarle igual, y trato de no pensar en lo bien que se está portando porque no quiero responderle en el mismo grado.

Los defectos del otro me molestan pero yo sé que son un llamado al perdón y no quiero decirle a Dios 'sí, acepto esos defectos como un llamado a perdonar y como un llamado a crecer'. Me estoy cerrando y prefiero criticar al otro, y no quiero ver sus necesidades que me piden entregarme, ayudándolo.

Las manos del otro, desde el matrimonio, son para mí manos de Cristo y sin ponerme diariamente en las manos del otro, no podré nunca ponerme en las manos de Dios, de corazón, en el ofertorio de la misa.

Porque ¿para qué quiere Dios que me ponga en sus manos, en la patena, en el ofertorio de la misa? Para hacer mi vida semejante a la vida de Cristo, para hacerme amar como Cristo. Él quiere hacerme amar como Cristo y amar al otro como Cristo y entregarme al otro como Cristo. No puedo entregarme a Dios que quiere que me entregue al otro, como Cristo lo hace, si me niego durante la semana a entregarme al otro.

### **La consagración**

¿Cómo la prolongo ante Dios?

Amar a Dios exige sacrificio, hacerme suyo, consagrarme a Él eliminando de mí todo lo que se opone a Él. Yo ya fui consagrado a Dios el día de mi bautismo, fui hecho su propiedad y en cada misa Dios me llama a unirme a ese Jesús, que le dice al Padre 'Yo quiero ser propiedad tuya en todo momento y si tu voluntad es que yo muera, renuncio a mi cuerpo para ser siempre propiedad tuya. No quiero nunca tener nada que Tú no quieras que tenga y si en este momento quieres que te entregue mi vida, te la doy. Quiero ser solamente propiedad tuya y no tener nada mío al margen de tu voluntad'.

En la misa quiero reafirmar mi consagración bautismal. Si algo ha impedido en la semana que yo sea enteramente propiedad de Dios, quiero unirme a ese Cristo que renuncia a todo lo que el Padre le pide para ser entero de Él y entero de los demás.

Cristo me llama a hacerme un solo cuerpo sacrificado y un solo espíritu de entrega con Él. Cristo se sacrifica para vencer todo lo que pueda paralizar la fuerza de su amor y lo que paraliza la fuerza de mi amor, son mis cadenas y mis ídolos y en cada misa, en el momento de la consagración tengo que preguntarme ¿qué tengo que sacrificar, qué purificar porque me frena el amor; qué me impide darme tanto a Dios y los demás, a mi esposo y a mi esposa como Cristo a mí?

Esas cadenas o ídolos son mis vicios, mi mal genio, mi flojera o cansancio, mi apego a la televisión que no me deja ni escuchar ni hablar con el otro, mi orgullo, mi egoísmo y sobre todo el gigantismo de mi yo, que me hace considerar el tú de Dios que debería ser el centro de mi vida, el tú del otro como un tú liliputiense; que frente a los derechos de mi yo considero como casi inexistente.

Los ídolos no se vencen, las cadenas no se cortan sin entrenamiento. No puedo llegar a la consagración diciendo 'Señor tú eres todo para mí, todo para nosotros. Yo también. Contigo un solo cuerpo sacrificado un solo espíritu entregado' Las pinzas...

Esto no es cosa mágica. Con una consagración tomada en serio Uds. no se van a convertir en personas capaces de amar como Cristo. Si durante toda la semana y todos los días no me estoy entrenando para vencer aquello que no me deja amar como Cristo, para purificarme de todo aquello que hay de pecado en mí, no aprendo. Las verdades que cada uno necesita saber, los conocimientos para la profesión, suponen un cabeceo de muchos años. El deportista no consiguió la gran marca que le dio el récord al primer brinco: se ensayó mucho.

Para conseguir algo importante hay que esforzarse por mucho tiempo: el que quiere celeste, que le cueste. Nada hay más celeste, en el sentido etimológico de la palabra, nada más celestial, que poder amar como Cristo amó y por eso cuesta mucho.

## II. Preguntas para la reflexión del grupo

1. ¿Cómo vivo yo la disponibilidad del ofertorio en la semana? ¿Prolongo mi actitud de la misa poniendo cada día todo lo que me pasa, o todo lo que creo que me va a pasar, en las manos de Dios?
2. ¿Es esa actitud de entrega la que impregna mis oraciones de la semana o el ofertorio es un paréntesis desconectado de todo lo que vivo?
3. ¿Para qué quiere Dios que me ponga en sus manos, en la patena, en el ofertorio de la misa? ¿Qué concepto de felicidad tengo? (creo que ser feliz es no sufrir, o más amar como Cristo amó?).
4. ¿Qué tengo que sacrificar, qué purificar porque me frena el amor; qué me impide darme tanto a Dios y los demás, a mi esposo y a mi esposa como Cristo a mí? ¿qué me impide vivir mi "consagración" a Dios?
5. ¿Cómo me entreno, cómo educo mi voluntad para ser más de Dios?

## III. Oración Final



## ***Noveno Encuentro***



La Comunión en la Eucaristía

## **I. Tema: La Comunión**

Hemos pasado por los distintos momentos de la liturgia inicial, que crea el ambiente adecuado; por la liturgia de la palabra, donde recibimos y damos el uno al otro la palabra de Dios; por el ofertorio y la consagración que nos purifica y nos libera de todo lo que no nos deja amar para poder amar en plenitud como Cristo. Y llegamos así al momento cumbre de la eucaristía: la comunión.

### **La comunión**

Toda la eucaristía apunta hacia allá, hacia ese encuentro íntimo de amor. La cruz fue necesaria para que Cristo, regalándonos ahí su cuerpo y su sangre, los pudiera convertir en el alimento que posibilita la comunión.

El altar es el lugar donde se realiza toda la eucaristía y donde sobre todo, culmina en la comunión. Es la mesa desde la cual el Señor nos regala el fruto de su sacrificio, su cuerpo hecho pan y su sangre hecha bebida que se entrega por amor.

Vamos a mirar primero hacia la eucaristía para recordar cuál es el sentido de la comunión dentro de la misa.

Como ya lo dije, la comunión es el fruto del sacrificio. Cristo se ofrece, se entrega, se deja crucificar para superar todos los obstáculos que impiden que Él entre en plena comunión con su Padre y con nosotros. Para entrar en plena comunión con el Padre, para volver al seno del Padre, tiene que superar los obstáculos de su mortalidad, tiene que despojarse de su vida terrena para sumergirse por completo de nuevo en el corazón del Padre en el cielo. Y también y según el sabio plan que Dios ha dispuesto, esa muerte es el camino para entrar en plena comunión con nosotros, porque solo muriendo Él va a poder entregar su cuerpo, su sangre y hacerse el alimento que posibilita su íntima unión con nosotros y que se logra en la comunión.

Allí recibimos el don que Cristo nos hizo en la cruz. Si no hubiera habido última cena, si no hubiera habido eucaristía, no habríamos podido recibir lo que Cristo nos entregó en la cruz.

Ahí él ofrece su cuerpo y su sangre, pero a nosotros no nos llegó. Ese cuerpo muerto lo tomaron los que estaban ahí y lo enterraron, y la sangre cayó al suelo.

El día del Calvario no nos llegaron ni su cuerpo ni su sangre como dones de amor, de comunión. Es a través de la eucaristía donde el don hecho en la cruz nos llega, lo recibimos y gracias a que lo recibimos, entramos en comunión con Cristo.

Y aquí quisiera invitarlos a recordar lo que decíamos al comienzo: cómo ese Dios que desde el Antiguo Testamento se presentaba como un Dios con corazón de esposo, cómo pudo en su sabiduría y su poder infinitos, inventar un camino para darse a nosotros con un realismo nupcial que sobrepasa todo lo que el hombre podría haber imaginado.

Pensar que Dios, siendo un ser espiritual, eterno, quiso entrar en la historia en el tiempo y revestirse de un cuerpo que iba a ser ocasión para él de tanto sufrimiento, de límites, de muerte, de dolores. Y quiso tomar ese cuerpo porque sólo tomando un cuerpo parecido al nuestro iba a poder probarnos que él puede ser esposo de manera real, que nos iba a poder regalar su carne, su cuerpo. Y Cristo estuvo dispuesto a pagar el precio que significaba tener un cuerpo (que un día lo iban a asesinar en la cruz) porque sin cuerpo no le habríamos creído que él es de verdad un Dios-esposo.

Y en la comunión él consigue aquello por lo cual pagó tan alto precio: entrar en nosotros y hacernos sentir que está como un esposo unido a nosotros, no sólo de manera espiritual, sino que espiritual y físicamente a la vez. Ciertamente no de modo sexual, no bajo el signo de la unión sexual, sino bajo el signo del alimento con aquel que lo come. Y esa unión, físicamente hablando, es mucho más fuerte que la unión sexual conyugal.

**El que come algo, convierte aquello que come realmente en su substancia y funde aquello que come consigo mismo.** La unión sexual, es pasajera, momentánea. Deja tal vez huellas muy hondas y duraderas en el alma, pero como unión física, no es una fusión como lo es la del alimento.

Cristo quiso hacerse alimento, que no es sólo físico, sino que en la medida que lo comemos y en que lo asimilamos, produce una unión espiritual con él que está destinada a sobrepasar todas las posibilidades de unión espiritual de los esposos. Porque nunca un esposo ni una esposa van a lograr en el momento de su unión conyugal, unirse al otro de una manera tan total como Cristo se une a nosotros. Siempre quedan reservas, siempre quedan rincones que uno no da; aunque crea que se está dando entero, después descubre que no se ha dado.

Cristo se da sin reservarse nada y sobre todo se nos da conociéndonos como nadie nos conoce. Nadie se nos puede entregar conociéndonos tan totalmente, sabiendo tan totalmente lo que necesitamos, lo que deseamos recibir; cuáles son nuestros anhelos. Por eso la unión que Cristo, al precio de la cruz, buscó llegar a tener con nosotros en la comunión, supera desde el punto de fusión física y de fusión espiritual, toda posibilidad de unión nupcial humana.

Y creo que aquí es importante dar a la relación de amor esponsalicio de Cristo, su verdadera proporción. No es que el amor de Cristo se asemeje al amor esponsalicio, es al revés.

Desde toda eternidad Dios había decidido fundirse con nosotros en una plenitud total, y para que el ser humano tuviera una experiencia a nivel humano que le abriera una pista,

que le insinuara, que le diera elementos con los cuales poder imaginarse el tipo de unión que Él iba a buscar para nosotros a través de Cristo, para eso, Dios inventó el acto conyugal: para provocar una experiencia física de fusión física y espiritual que estaba destinada a ser como un anticipo, como un símbolo, para ayudarnos a entender esa unión infinitamente más profunda y plena que Él mismo iba a buscar con nosotros en la comunión.

Ese tipo de unión le costó a Cristo el precio del Calvario. Él no murió en el Calvario para demostrarnos amor; era para buscar esa unión con nosotros.

Pienso en los esposos que están separados, por ej. cuando el marido está en el extranjero, y la esposa agradece que él la llame por teléfono o por skype. O cuando al marido le tocan muchos viajes y de repente está en el sur y tiene un fin de semana libre y viaja todo el sábado para estar en la noche del sábado al domingo con su esposa y su familia y volverse al otro día. Una esposa que ve a su marido hacer ese esfuerzo, ¡cómo se llena de alegría! ¡Pensar que por una noche juntos él se pegó todo este viaje. ¡Cómo me quiere!.

Cristo pagó con su muerte en el Calvario, la posibilidad de ese instante de comunión plena que es cada comunión. En este día en que no podemos comulgar tenemos que valorar lo que significa poder comulgar todos los demás días. Si quisiéramos, todos los días del año, menos éste, podemos ir a gozar de ese momento de comunión que Cristo nos pagó a un precio tan elevado

¿Para qué Cristo quiere fusionarse con nosotros?

Para hacerse como un solo ser física y espiritualmente hablando.

Para compartir su fuerza de amor, para compartir toda su riqueza que es la fuerza con que él ama al Padre y a los hombres como sus hermanos. Él se funde con nosotros para que en él, como un solo Cristo, hechos miembros suyos, alimentados con su propio cuerpo, fundidos con él, seamos con él un solo hijo amante del Padre y para que con él, amemos con su mismo amor a nuestros hermanos.

Ese mismo realismo físico-espiritual de su unión nupcial con nosotros, se transmite a lo que a través de esa fusión nupcial con nosotros, Cristo nos quiere regalar. Al comulgar y al unirnos de esa manera físico-espiritual con Cristo, nos transformamos en hijos de Dios de una manera más que puramente espiritual. También de un modo físico y también en hermanos de los demás.

Nuestra condición de hijos de Dios asume un realismo inusitado: no es según el espíritu que somos hijos, nos hemos alimentado con la carne del Hijo; nuestra carne se ha fundido con la carne del Hijo; nos convertimos de verdad en Él, porque nos hacemos como miembros de su cuerpo al comer su cuerpo; nos convertimos en hijos de Dios de una manera que la imagen de hijos adoptivos no logra abarcar porque la adopción es un acto externo.

Cuando un hombre adopta a un hijo, el hijo sigue teniendo la herencia, los cromosomas, la carne que le dieron sus padres verdaderos y jurídicamente se hace hijo. En cambio cuando el Padre nos hace sus hijos en Cristo, es mucho más: nos regala el espíritu de su Hijo y hace que la carne de su hijo en la comunión se funda con la nuestra y entonces viene una fusión con este Hijo, según el espíritu y según su carne que comemos, que nos hace hijos de una manera casi totalmente real.

Y es por eso, por esta fusión que no es puramente espiritual y que no es externa, que Jesús nos da el derecho de llamar a su Padre, como él lo llamaba diciéndole Abbá, palabra que en hebreo significa papá, y que es la palabra que los hijos según la carne le dicen a su propio padre.

Era el escándalo de los judíos que un hombre llamara a Dios papá, como solamente el hijo según la carne puede llamar a su padre.

Los judíos llamaban 'padre' a Dios en sentido espiritual. Pero papá significa una relación carnal. Y Cristo lo llamaba así porque era un hijo real, engendrado por el Padre, no tenía un padre humano. Y nos da a nosotros el derecho de decirle también a Dios Abbá, papá. Así rezó él en el PadreNuestro.

Cuando le preguntan ¿cómo debemos rezar? Él les dice recen así: 'papá nuestro que estás en el cielo; llamen a mi Padre como yo lo llamo porque Uds. al unirse a mí participan de esa condición tan íntima como la que yo tengo'.

Para tratar a los otros como hermanos tenemos que pensar en la comunión: ahí Cristo une su carne con la mía y con la de todos los demás que lo reciben, y el otro es carne mía porque está siendo alimentado con la misma carne de Cristo que me alimenta a mí. Hay una fraternidad, una unidad con el otro mucho más que espiritual y así la comunión con Cristo me autoriza a decirle a Dios 'papá', con una hondura de un realismo muy hondo. La palabra 'hermano' vale frente a otro que comulgue la carne de Cristo, también con una hondura nueva.

¿Cuál es el fruto de esta unión que Cristo busca? Que Él nos hace más hijos según su imagen, más hermanos según su imagen, y que nos llena del gozo de sentir la presencia viva de Cristo en nuestro interior.

El momento de la comunión es un momento de resurrección.

En la consagración Cristo muere pero para hacerse fuente de vida para nosotros; en la comunión nosotros sentimos que nos inunda una oleada de vida que viene de Cristo, esa vida que irrumpió el día de su resurrección. Cristo entra en nosotros para revitalizar nuestro amor, para resucitarlo.

Si tomamos en serio lo que es la comunión, si la vivimos a fondo, tiene que ser una experiencia de que Dios de verdad nos ama como un esposo y esa es la sorpresa de la comunión.

Y es cierto: lo vuelvo a sentir dentro llenándome de su amor; es cierto que Dios me ama tanto que inventó la locura primero de hacerse hombre; segundo, de morir para entregarme su cuerpo, y tercero, de poder darme su cuerpo en forma de pan para que me llegue dentro y me pueda fundir con él.

Debería ser una sorpresa permanente cada misa, de pensar 'todo esto lo inventó Dios para demostrarme cuánto me ama, y lo pagó al precio de la cruz'. De hecho la comunión quiere ser un anticipo del cielo.

La gran imagen del cielo, la imagen final con que termina la revelación en el libro del Apocalipsis, es la del banquete de bodas. En el cielo este Dios con corazón de esposo va a celebrar una fiesta de bodas con todos nosotros que vamos a formar parte de su Iglesia-esposa. Va a ser un banquete de bodas y todo el cielo una luna de miel de toda la Iglesia y los que la formamos, con el Señor, el Dios-esposo

En cada misa, en la comunión él quiere anticiparnos algo de esa fusión total, plena y eterna que será el cielo, de esa fiesta de bodas que no termina. Dice San Pablo que el cielo va a ser el momento en que Dios sea 'todo en todos' para siempre. Bueno, cada comunión es un anticipo de esto.

## **II. Trabajo**

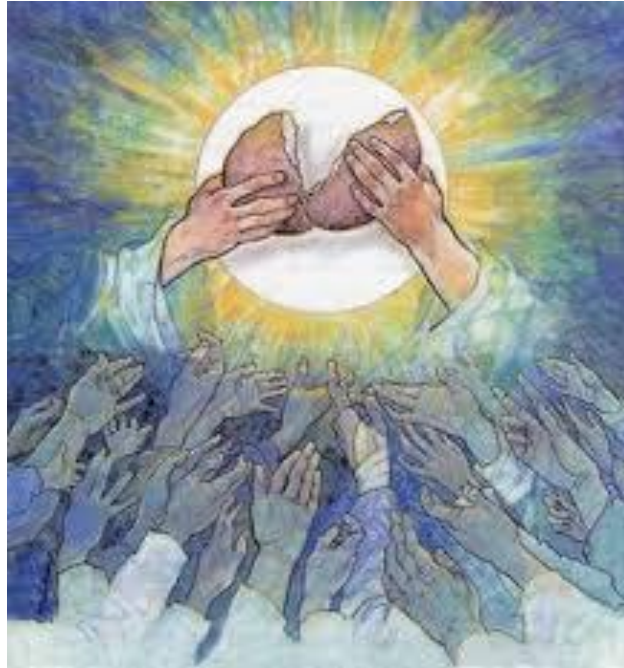
Meditar personalmente las siguientes preguntas, y luego dar espacio para comentarlo matrimonialmente y/o grupalmente.

- 1- ¿Tenía conciencia acerca de lo implica la Comunión con Cristo?
- 2- ¿Qué consecuencias fraternales y como esposos tiene el comulgar?
- 3- ¿Qué significa para mí el comulgar?

**III. Propósito:** Tomar un propósito, por ejemplo, comulgar juntos.

## **IV. Oración Final**

## ***Décimo Encuentro***



Comunión en la vida Matrimonial

## I. Tema

Ya hemos dicho para qué inventó Dios el matrimonio. Él inventó el matrimonio y todas las formas de comunión íntima que el matrimonio posibilita, para que esas experiencias nos ayudaran a entender el tipo de unión que Cristo busca con nosotros en la comunión y que quisiera mantener durante todo el día.

Mientras un matrimonio viva mejor su amor conyugal, mejor va a entender lo que Cristo busca en la comunión; mientras mejor viva el momento mismo de la unión conyugal, de fusión física-espiritual con el otro, más va a entender el gozo, la felicidad, la plenitud de amor que Cristo quiere regalarle en la comunión.

La eucaristía y el cielo se nos describen en la Biblia como un banquete de bodas. Pero para entender bien qué significa esto, hay que haber experimentado lo que es el banquete de las propias bodas. El banquete de bodas, unido a la fiesta, la luna de miel y todo lo demás. Podríamos decir que el matrimonio que haya sido capaz de prolongar mejor la alegría de su día y de su noche de bodas, de su luna de miel, ese es el que está también en mejores condiciones para prolongar la eucaristía, el banquete de bodas con Cristo que se celebra en cada misa.

Ahora ¿cómo prolongar esa comunión con el otro, cómo vivir en permanente fiesta de bodas con el otro, en comunión de luna de miel con el otro, para que nos sea más fácil prolongar la unión con el Señor en la misa?

En primer lugar todo lo que hemos estado diciendo vale para esto: toda la misa está destinada a producir al final, la plena comunión y si nos esforzamos por vivir durante la semana el espíritu de cada parte de la misa, si nos esforzamos por mantener la alegría del canto, tal vez cantando juntos o aceptando que el otro cante en la ducha y alegrarnos de que haya cantos y alegría en la casa. Si nos preocupamos de saludarnos con ese respeto con que el Señor nos saluda a nosotros en la misa; si vivimos la conciencia de nuestra necesidad frente al otro y le decimos que lo necesitamos (como nos reconocimos necesitados de Dios al comienzo de la misa) si sabemos prolongar la actitud de pedir perdón, de dar gracias, de cantarle cada día un pequeño gloria al otro; si soy capaz de confiar y entregarme a él, a lo que él me pida, prolongando el espíritu del ofertorio; si soy capaz de prolongar el espíritu de la consagración, luchando cada día por lo que dificulta mi unión de amor con el otro. Si hago todo eso la comunión va a ser el fruto normal de todos esos esfuerzos como en la misa es el fruto final normal de todo lo que Cristo ha hecho antes.

Pero hay algunos puntos que quisiera destacar. La comunión en la misa es una unión de excepcional intimidad con Cristo y una manera de prolongarla o de prepararla, es viviendo la máxima intimidad con el otro.



Y aquí tendríamos que revisar: ¿ en qué momentos siento lejano al otro, a pesar de su cercanía física? Tantas veces se está cerca externamente de una persona, pero interiormente a años luz de ella.

¿Cuántas veces he sentido que el corazón del otro no es una mesa de banquete nupcial para mí?

Está desnuda, o sus platos están preparados para otro.

¿Cuántas veces he sentido que hay distancia? ¿Ha sido culpa del otro, pero cuántas también yo y sobre todo, por falta de diálogo?

Cristo se nos entrega en la comunión como se nos entregó en la cruz, con el costado abierto, con el corazón abierto... Cristo quiso morir así y así viene en la comunión: con el corazón abierto, un corazón que no se guarda nada, que lo muestra todo. Por la herida se le puede meter la mano, como hizo Tomás, y mirar dentro.

Ese corazón abierto en lo físico, es símbolo de lo que Jesús nos había dicho en el plano espiritual: 'Todo lo que he oído de mi Padre se los he dicho' Cristo no se guardó ningún secreto y por eso al morir murió con el corazón abierto. Todo lo que había dentro lo dio, lo compartió.

Si no hay entre nosotros, en la pareja, esa intimidad semejante a la que Cristo busca con nosotros, si no sabemos dialogar, si tenemos el corazón cerrado, porque incluso cuando mutuamente nos entregamos el cuerpo, lo entregamos sin el corazón abierto. Si cada uno tiene aún reservas, si hay cosas que debería o podría decir al otro porque ayudarían a la intimidad, y no las ha dicho, por flojera, por cansancio, por no hacerse el tiempo, porque la película estaba muy buena, porque el partido de la selección de Chile.

¿Cómo anda el diálogo?

El dialogo es el momento decisivo de la comunión; la unión conyugal o se entiende como la cumbre del diálogo o no tiene sentido. A ella se llega o se debería llegar, cuando la apertura de corazones, el intercambio es tal, tan al fondo del corazón, que el diálogo con palabras no lo puede expresar y entonces hay que hacer un gesto que diga lo que las palabras son incapaces de expresar, que haga sentir lo que las palabras ya no pueden expresar.

La unión conyugal debería llegar a culminar el diálogo que ya con palabras no puede seguir, porque las cosas que se quieren decir son tan íntimas que no hay palabras que puedan expresarlas. Pero si no hemos hecho ese esfuerzo, entonces la unión conyugal es vacía, porque se unen dos cuerpos y el dueño de cada cuerpo no sabe quien está en el cuerpo del otro o quien está en el corazón del otro.

Si el otro no me ha abierto su corazón, si no me ha mostrado todo lo que tiene, no me ha dicho todas las palabras que a través de él Dios me quiere entregar. Por eso es fundamental revisar cómo anda el diálogo.

La falta de diálogo es la peor enfermedad de un matrimonio, es la enfermedad que carcome el matrimonio por dentro. Todos los demás problemas, fallas de salud, problemas económicos dificultades de todo tipo, son cosas externas. Si la pareja está unida, viviendo en comunión va a tener fuerzas para afrontarlas, pero si afloja el diálogo se debilita, la comunión y la pareja comienzan a desmoronarse por dentro.

Por eso creo que, como en cada retiro para matrimonios, el principal propósito que podría sacar cada uno sería revisar nuestro sistema de diálogo, ¿cuándo conversamos? O ¿cuándo deberíamos conversar? ¿Por qué no conversamos? ¿A qué hora nos sería más fácil conversar? ¿Cuáles son los grandes problemas?

Y aquí recordar, como lo he dicho cada vez que he tocado estos puntos, las diferencias entre hombre y mujer. Ambos se necesitan, necesitan complementarse y esto se hace a través del diálogo. Si el hombre no dialoga con su mujer, corre el peligro de convertirse en un macho bruto simplemente, porque el hombre no tiene para lo personal lo que tiene la mujer.

A los hombres nos gustan las cosas, nos gusta el trabajo, organizar, pensar, las cosas que tocan al mundo del trabajo, de los números, de las cifras: esas cosas no se nos olvidan. Pero tenemos mucha menor sensibilidad que la mujer para las relaciones personales: nos cuesta mucho más aprender a amar personalmente. La tendencia normal del marido es pensar que él ama trabajando para su mujer y sus hijos y dándoles cosas. Que su amor es traer cosas para la casa. Y claro que es amor, pero amar es en primer lugar, darse uno mismo y los hombres tendemos a pensar que amar es hacer cosas por los que amamos y a veces haciendo cosas. Y para hacer más cosas por los que amamos, para darles más cosas, no nos damos nosotros mismos.

De tanto trabajar por la querida señora y los queridos hijos, el esposo y el papá no tiene tiempo para conversar con ellos. Y se va embruteciendo por el trabajo, se va cosificando, va creyendo que el amor es una cosa, que amar es dar cosas.

Por eso el hombre necesita dialogar con la mujer, que está permanentemente recordándole que amar es que te des tú mismo, amar es una relación personal. Está bien todo lo que traes a la casa pero en primer lugar amar es una relación personal conmigo y con los hijos.

Si la mujer no está siempre tironeando al hombre hacia allá el hombre se embrutece.

Por otro lado la mujer tiene su debilidad donde tiene su fuerte. Tiene una gran sensibilidad para todo lo personal y eso le da una gran capacidad de amor personal, de entrega, de generosidad, extraordinarias. Pero también la mujer se puede enredar en esa riqueza afectiva; puede ponerse susceptible, rencorosa, hacer un mundo de una pequeña ofensa. Es tan sensible a todo eso, y necesita a este ser más abrutado que ella a su lado, para que la serene, para que le de tranquilidad, para que le transmita seguridad frente a la vida, objetividad para ver cada cosa en su debida proporción...

Tal vez la mujer a veces peca de sentimental y el hombre tiene que decirle 'no pues, el amor no es pasar mirándose, en el amor también hay que hacer cosas y Ud. es bien floja. Yo me saco la mugre trabajando, en cambio Ud. es floja. Ud. vive pidiendo cariño, besos, diálogo pero hay muchas cosas que Ud, debería hacer por amor y no las hace y se queda en las miradas y en lo romántico del amor... Bueno yo pecaré al revés pero entonces equilibremos...'

Es a través del diálogo donde los dos se van complementando. Es distinto lo que tienen que aportar y también es distinta la necesidad de diálogo. A los hombres nos basta mucho menos, porque tenemos menos sensibilidad para lo personal y nos satisfacemos con menos. Si uno le pregunta a los maridos que están aquí, cómo anda el diálogo en su casa, el 90% va a decir muy bien y son honrados porque para ellos está bien: conversan con la señora lo que creen que es lo bueno, lo adecuado. Y si uno le pregunta a las señoras sería milagro si el 10% o el 5% dice que está bien, porque ellas tienen una necesidad mucho mayor de diálogo, porque giran permanentemente en torno a los problemas personales, a las relaciones personales. Necesitan el diálogo con una urgencia mucho mayor que los hombres y es muy importante que el marido lo sepa, porque no tiene que dialogar lo suficiente para quedar satisfecho él, sino que tiene que tratar de dejarla satisfecha a ella: amar es buscar la alegría del otro.

No las van a dejar satisfechas nunca, imposible. Ningún marido tiene la capacidad de diálogo de su mujer. Siempre cuando terminan de hablar, a ella le queda pendiente la mitad del saco pero por lo menos tienen que hacerle empeño, él tratar y ella también a ser justa y reconocer que 'éste no es de sádico que no me habla sino que le cuesta, y al pobrecito, que es re bueno para otras cosas, pero pésimo para ésta, tengo que ir enseñándole con mucha paciencia; dejar que esta capacidad de dialogar se acerque un poco a mi record. Pero nunca la va a superar.

Decíamos que el diálogo debe culminar en la relación conyugal. Ése es el momento más santo de la vida de un matrimonio porque no hay nada en la tierra, no hay ningún otro acto o gesto humano que refleje lo que Cristo hace con nosotros en la comunión.

Allí es el único momento en que dos seres humanos se entregan no sólo todo su cariño sino que se entregan ellos enteros, con todo su cuerpo como símbolo de su amor como hace Cristo en la comunión. Es lo más santo que se puede hacer sobre la tierra. Y por eso San Pablo en su carta a los efesios cuando compara el amor de los esposos con el amor que Cristo le tuvo a su Iglesia, se refiere al amor de los esposos en relación al acto conyugal, como un amor que se expresa en la donación de todo lo que uno es, dándole al otro también todo el cuerpo como signo de que se entrega todo el corazón.

Es lo más santo que Uds. pueden hacer. La experiencia humana más parecida a la comunión y la que más los puede ayudar a vivir bien la comunión, a entender lo que Cristo busca con Uds.

De ahí la importancia de realizar ese acto con el espíritu con que Cristo se nos da, con la generosidad, con el respeto, con la conciencia de que es algo santo y no un acto carnal en el sentido despreciativo de la palabra, que la Iglesia tolera.

Hubo épocas y corrientes de espiritualidad en la Iglesia que lo mostraban así como algo tolerado, y había corrientes de espiritualidad que recomendaban o prohibían, mejor dicho, comulgar ese día, si el día anterior o la noche anterior los esposos habían tenido relaciones conyugales. Era una cosa medio sospechosa que, dentro del matrimonio como que dejaba de ser pecado, pero que seguía siendo sospechosa si se acercaba mucho a este acto sagrado de la eucaristía.

Creo que la verdadera teología de la eucaristía y del matrimonio debería ser todo lo contrario: no habría preparación mejor para una eucaristía que una comunión plena e íntima realizada en el acto conyugal como Dios lo manda. Esa experiencia de amor es lo que más nos puede hacer recordar lo que es el amor total y venir a la eucaristía con más hambre de que Cristo les de un amor todavía más hermoso y más pleno que aquel que en la noche pasada me entregó mi esposo o mi esposa.

Aquí viene la necesidad de revisar si estamos mirando, preparándonos y realizando ese acto con el respeto que merece algo tan santo, lo más parecido que a la comunión que existe sobre la tierra y creo que cada uno debiera revisarse: ¿llego yo ahí como Cristo llega a mí en la comunión, para darme y llenar de vida al otro? O ¿llego para ser feliz yo, como el perro que busca su hueso, que se siente con derecho a apropiarse de esa cosa que compró el día del matrimonio, para ser feliz aunque el otro no quiere, esté cansado, enfermo, lo que sea?

También hay que revisar la importancia de que ese acto de intimidad sea un acto abierto a la vida.

Jesús viene para inundarnos de vida, para fecundarnos interiormente, por eso la preocupación de la Iglesia de que los esposos no mutilen artificialmente la fuerza de vida y de fecundidad vital que de suyo Dios le ha dado a ese acto.

Cristo al unirse con la Iglesia ha querido enriquecerla interiormente y también darle hijos. En el acto conyugal hay que cuidar por un lado de que el acto sea enriquecedor para el otro, de que lo revitalice, pero también preguntarse ¿no querrá Dios que esta riqueza de nuestra unión se transmita en vida para otro? Y ¿hasta qué punto yo estoy mutilando artificialmente la capacidad de transmisión de vida de este acto? Cristo viene a nosotros para llenarnos de vida.

Ayer decía un sacerdote, que tocó este tema, que esto no significa que nosotros los católicos seamos natalistas a toda costa. Nosotros siempre mencionamos como modelo de la familia cristiana la Santísima Trinidad y la Familia de Nazaret.

Y son dos familias de tres personas no más. Hay un hijo en cada una. Eso no significa que haya que tener la mayor cantidad de hijos. Pero aquí hay que hacerse una pregunta: la unión de Cristo es para traer vida, riqueza y fecundidad. Y ¿qué estamos haciendo nosotros con nuestra entrega? ¿Estamos tratando de superar nuestro egoísmo pero encerrándonos en un egoísmo de dos o de tres, porque ya tenemos un hijo? ¿Qué querrá Dios de nosotros? Hay que hacerse la pregunta: ¿no querrá él que de esa unión brote más vida?

Bueno la comunión es una unión de intimidad, una unión total: alma y cuerpo se entregan. Cristo nos entregó su alma y su cuerpo como signo de que nos había entregado todo: su Padre, su Madre, todo lo que él había oído de su Padre, su misión...

A veces los esposos pueden entregarse el cuerpo y se reservan tantas cosas: hay cosas que no se las deben tocar, hay cosas que no comparten: 'Ud. todo lo que quiera mijita, pero no se meta en la música que a mí me gusta. Ahí Ud. no entra, y eso no es transable.'

¿Qué cosas no hemos compartido? ¿Es todo mi corazón, mesa de banquete de comunión con el otro? ¿O le ofrezco solo una punta? (A veces hay casas muy chicas, y los niños hacen las tareas en la mesa del comedor y cuando el papá llega tarde, le queda solamente una punta de la mesa, y todo lo demás está ocupado para otras cosas)

¿La mesa de mi corazón es entera para el otro, o le entrego solo una punta, o 2/3 de ella y el resto me lo guardo para cosas que no comparto?

¿Cuáles son las zonas de egoísmo y las zonas de soledad en mi corazón, o las zonas de soledad en el corazón del otro que causo yo con mi egoísmo? Creo que la importancia de compartir y la alegría que trae consigo el sentir 'tengo alguien que todo lo comparte conmigo'...

Eso prepara psicológicamente para el encuentro con este Dios que lo compartió todo conmigo. Uno no cree que la gente puede ser generosa si nunca ha habido alguien bien generoso conmigo; si nunca he encontrado a nadie que realmente lo compartió todo conmigo, me va a costar creer que de verdad Cristo se acerca para compartirlo todo conmigo.

La comunión, es comunión de fidelidad. Revisar también ¿cómo anda nuestra fidelidad? Pensemos: Cristo no se nos da una sola vez, él está siempre, todos los días, ofreciéndonos la misma comunión y no se cansa. A pesar de todos nuestros pecados. ¿Cuántas veces lo hemos traicionado, volvemos al otro domingo y él se nos ofrece igual? Nos perdona, si le pedimos perdón antes (al comienzo de la misa o en la confesión) y se nos vuelve a dar igual. No retira nada. No nos dice 'hoy te doy media hostia, o un cuarto de hostia porque te portaste mal' Si me da media hostia o un cuarto de hostia, sabemos que se nos da entero también.

¿Cómo andamos en la fidelidad, en ese tener la mesa siempre puesta?

Hay personas cuyos esposos están lejos, hay viudas cuyo esposo murió... Creo que la fidelidad de Cristo nos llama a tener siempre la mesa puesta para el que se fue, y que puede volver. Que cuando él vuelva se encuentre con la mesa puesta, con todo lo que necesita el altar de mi corazón, como debe estar puesta una buena mesa de banquete, con la comida que a él le gusta.

Y la viuda que perdió al marido humano tiene que recordar 'ese era un símbolo, una ayuda que Dios me dio para descubrir que él es el verdadero esposo. Perdí a mi esposo pero la mesa de mi corazón tiene que estar siempre dispuesta para Cristo'.

Con todo lo que la fidelidad significa: de esfuerzo por comprender, por apoyar, por perdonar sin cansarse, no para que el otro lo haga lesa a uno, sino perdonar mientras uno se esfuerza por ayudar a que el otro cambie, mientras el otro se toma el tiempo necesario para cambiar.

## **II. Trabajo**

Meditar personalmente las siguientes preguntas, y luego dar espacio para comentarlo matrimonialmente y/o grupalmente.

- 1- ¿Tenía conciencia acerca de la importancia del diálogo?  
¿Cómo lo estamos asegurando?
- 2- ¿Me reservo algunas zonas o aspectos en los que no quiero entrar en comunión contigo?
- 3- ¿Había pensado en la relación que hay entre diálogo, intimidad y sexualidad?

## **III. Oración Final**

## *Undécimo Encuentro*



## **El Envío**

## I. Tema

Al final de la misa Cristo nos envía a dar testimonio suyo.  
¿Qué significa prolongar ese envío que Cristo hace en nosotros?

Dar testimonio de él no significa hablar explícitamente de Cristo, hacer apostolado, Evidentemente, si en la misa yo he vivido un encuentro profundo con Cristo, y estoy emocionado de sentirlo dentro de mí en la comunión, voy a necesitar hablar de este Dios que me ha llenado el corazón, en cuanto se de la ocasión.

Pero cumplir la tarea que él me encomienda al terminar la misa, no es tanto hablar de él sino tratar de penetrar el mundo, las realidades temporales, de ese amor que me ha penetrado a mí en la comunión.

Todo lo que yo haga a través de mi trabajo para que haya más amor en el mundo, más unidad, más alegría... La señora que está cocinando para que el almuerzo salga mejor, está cumpliendo la tarea que Cristo le dejó al partir: anda a dar testimonio del amor que yo te entregué en la misa. Y si está preparando una fiesta de alegría, un almuerzo para su familia, está cumpliendo el trabajo; y si su marido es ingeniero y está construyendo casas y está tratando de que una casa salga barata pero buena para que le dé alegría a otra familia, está cumpliendo el envío de Cristo: que haya más posibilidades de alegría entre los hombres.

Es muy importante vincular el envío final de la misa con el trabajo. No solo es envío explícito como a los apóstoles, sino que es envío a transformar el mundo en Cristo con nuestro trabajo. Y cuando estoy en la fábrica, o en la oficina, o en la cocina trabajando para que el mundo sea mejor, estoy siendo fiel al envío de Cristo al terminar la misa.

Decíamos que ese envío a veces se debilita, hay cristianos que no se sienten colaborando con Cristo en la tarea para la cual él los haya enviado. No se sienten enviados porque no han sentido nunca el amor de Cristo como algo que los conmueve y que los obliga a partir a hacer algo por él y eso no sólo se debe a que han vivido mal la misa, sino que les ha faltado la conciencia de envío con el otro en el matrimonio.

Así como la experiencia de Cristo nos da las fuerzas para trabajar por él, también da fuerzas para trabajar por Cristo la honda experiencia de amor que genera el mismo matrimonio. ¡Cuántas veces uno ha visto matrimonios que de repente descubren la grandeza de su amor! Porque entraron a un grupo de matrimonios o a algún movimiento matrimonial, porque fueron a un retiro, porque participaron en un encuentro matrimonial:.. descubren la riqueza de su amor y también que tienen una tarea en común, que tienen un tesoro, y que desde que descubrieron el sentido de su amor se les ha vuelto un tesoro tan grande que es algo que no pueden dejar de transmitir.

Hay gente que sale de los retiros, de los encuentros matrimoniales sin poder dejar de transmitir, en el buen sentido de la palabra: han hecho una experiencia que no pueden dejar de callar. Sienten que están viviendo algo tan hermoso en su matrimonio y en su familia que tienen que anunciarlo como una buena noticia.

La Iglesia habla del evangelio de la familia, de la Buena Noticia de la familia y del matrimonio cristiano, que los esposos deberían anunciar. Pero nadie va a anunciar eso si



no lo ha vivido en su familia, si no ha experimentado el gozo de la comunión matrimonial y familiar. El valorar la buena familia les va a dar fuerzas para luchar, no sólo para hablar de la familia cristiana sino para luchar para que el mundo sea familia, para construir las casas que hagan felices a otras familias, las leyes que establezcan el respeto a las familias etc...

Son grandes tareas que sólo se pueden cumplir a partir de experiencias profundas, de ideales vividos y esa experiencia profunda tenemos que hacerla en la eucaristía, la experiencia del amor de Cristo, y en la propia casa, con la experiencia del amor humano. Cuando se han compartido vivencias en común las parejas se sienten con una misión en común y ¡qué lindo es cuando pueden manifestarlo en un trabajo común!

Adquirir como matrimonio la conciencia de tener una misión que nos dio Cristo es mucho más fácil que tratar de sentirse apóstoles solos.

Hay muchas familias que han expresado en un ideal de familia, en una oración de familia, esta conciencia de misión que sienten brotar de las experiencias vividas. En ellas han resumido toda la riqueza que Dios les ha dado a ellos y que sienten como tarea transmitirla al mundo.

Porque han sentido que ese fuego que arde en esta pequeña iglesia que es su hogar, si ellos lo transmiten bien, es un fuego que puede transformar el mundo.

La familia está llamada ser base y renovación de la Iglesia y de la sociedad, pero van a serlo aquellas que hayan hecho la experiencia de poseer el fuego de Cristo. Aquellas que en los momentos de comunión íntima y personal lo han sentido ardiendo; aquellas que sienten que tienen ese fuego capaz de cambiar a otros, como los cambió a ellos.

## II. Trabajo

Meditar personalmente las siguientes preguntas, y luego dar espacio para comentarlo matrimonialmente y/o grupalmente.

- 1- ¿Tenemos conciencia misionera como Matrimonio y Familia ? ¿Cuál es nuestro encargo y nuestro aporte?
- 2- ¿Se siente *mi* familia con una misión social? ¿Qué aportes para una sociedad nueva -para su espíritu o formas de vida- creo que están germinando en nuestro hogar? ¿Cómo y dónde vivimos nuestra proyección social hacia afuera?
- 3- ¿Por qué se debilita la familia que no participa en la Iglesia? ¿Cómo participa la mía? ¿Qué hacemos en común?
4. ¿Estoy cumpliendo mi tarea de educador de la fe de mis hijos? ¿Hemos asumido como familia nuestra responsabilidad para con la Iglesia? ¿Somos una escuela de apóstoles?
- 5- ¿Qué podemos hacer para contribuir en mejorar los valores y la calidad de vida de la familia en Chile?

## III. Oración Final